

SAN JOSÉ, COSTA RICA

1924

LUNES 16 DE JUNIO

SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA

## Los operarios de la sociedad futura

UNA página conmovedora de Turgueneff es la del peón y el hombre de las manos blancas. Puede leerse en castellano en la elegante versión de Icaza que lleva el título de *Senilia*.

El peón le dice al hombre de las manos blancas:

—¡Vete! ¿Qué quieres? No eres de los nuestros. Mis manos son negras y callosas; huelen a alquitrán y a estiércol; las tuyas son blancas. ¿A qué huelen?

—¡Huélelas!—le contesta el hombre de las manos blancas.

—Parece que huelen a hierro—dice, sorprendido, el peón.

—Sí, huelen a hierro—replica el otro—. Seis años he llevado cadenas por defenderte.

El peón no se convence. Pasa el tiempo. Un día, el peón se encuentra con otro peón.

—¿Sabes que hoy van a ahorcar al hombre de las manos blancas que se acercaba a nosotros?—dice uno.

—¡El se tiene la culpa! Se habrá rebelado—es la respuesta.

Y ambos convienen en que se ofrece una buena ocasión para proporcionarse un trozo de sogá del ahorcado.

Expresa dramáticamente Turgueneff en este apólogo el dolor y la desesperación de los intelectuales rusos renovadores al sentirse solitarios en medio de un pueblo apático y embrutecido, que no los comprendía y desconfiaba de ellos. La educación política del pueblo ruso se ha hecho a fuerza de guerras; a costa de inmensos sacrificios de sangre. La guerra ha sido el instrumento de la revolución. Las guerras contra Napoleón hicieron liberales y revolucionarios a muchos oficiales y nobles por el contacto con Europa (Rusia no era más que medio Europa: barniz europeo, fondo asiático). De ahí vinieron las conspiraciones de tiempos de Alejandro I y de Nicolás I, que ha pintado Merejkowski en sus novelas. La guerra de Crimea fué otra sacudida; la del Japón, otra. La conmoción definitiva la produjo la gran guerra de 1914.

El movimiento, iniciado al principio del siglo en las clases superiores, fué extendiéndose a las populares. Verdad que hubo una propaganda revolucionaria, propaganda doctrinal y propaganda emocional de mártires o testigos: mas la guerra, con sus desastres y dolores, dió la demostración concluyente contra el zarismo.

\* \*

El hombre de las manos blancas se dolía de la indiferencia del peón, del hombre de las manos curtidas y sucias. El peón tenía disculpa. Desconfiaba del hombre de las manos blancas, porque pocos hombres de manos blancas se habían acercado a él con efusión fraternal, hablándole en su lenguaje.

También en nuestra sociedad, más pacífica que la rusa, porque es una sociedad vieja y cansada, el peón y el hombre de las manos blancas han estado separados. Lo están todavía, aunque menos. Entre ellos se ha mantenido una barrera ilusoria de clases. El hombre de las manos blancas, en su miseria de levita, era un señor, o en el diminutivo caricaturesco, un señorito; el de las manos curtidas, un obrero. Al hombre de las manos blancas se le catalogaba entre la burguesía. Era un apéndice de la burguesía, y si participaba de las inquietudes y las aspiraciones económicas del obrero, se le tachaba de desertor. ¡Triste, irrisorio señorío el de un levitín raído, librea de una pobreza avergonzada!

A su salario se le disfrazó bajo el nombre equívoco de honorarios. Más práctica y veraz, Inglaterra llama salario hasta al estipendio que perciben los ministros, y salario es: remuneración fija del trabajo. El nombre de honorarios parece substraer al dominio económico la remuneración de las profesiones liberales, cuando la verdad es lo contrario: que están sujetas a la ley de la oferta y demanda, y, en general, al juego de las causas económicas.

El peón y el hombre de las manos

blancas no se tropezaban, vivían en mundos diferentes y desconfiaban el uno del otro. El hombre de las manos blancas, el intelectual, se echaba atrás ante la rudeza del obrero. El obrero miraba al hombre de las manos blancas como a un charlatán. Uno y otro pecaban por incompresión.

La tosquedad y el corto horizonte del obrero eran, en parte, un pecado del intelectual, que no se había cuidado de llevar a las masas el pan del espíritu ni de luchar por su educación. En el narcisismo del intelectual, en su falta de calor colectivo, en su frivolidad, tenía culpa también la indiferencia del pueblo, su prevención contra el hombre de las manos blancas, no deformadas por el trabajo material. Estaban lejos los dos corazones. Mas las distancias han ido acortándose. Ya los partidos obreros no son sólo agrupaciones de trabajadores manuales. A veces marchan bajo las mismas banderas los peones y los hombres de las manos blancas, y hasta cuando no caminan en las mismas filas empiezan a mirarse con curiosidad y a coincidir con simpatía. El peón y el hombre de las manos blancas son aliados naturales, porque son los dos productores: el uno, de los bienes físicos; el otro, de los intelectuales, y las dos sociedades deben ser gobernadas por los productores, que labran el bienestar presente y preparan el futuro.

Cada uno de ellos tiene que aprender del otro. El intelectual debe aprender del obrero la disciplina y el espíritu de asociación, que han hecho de las masas proletarias partidos poderosos. El obrero debe aprender del intelectual la estima de los valores estéticos y espirituales, que son el decoro de la civilización y ennoblecen la vida humana.

Estos dos hombres están llamados a ser los operarios de la sociedad futura. De su comunicación leal resultarán grandes bienes. Mediante ella, el arte podrá adquirir un sentido social y humanitario que le libre de ser una mera voluptuosidad del espíritu. Y en el alma de la multitud podrá desarrollarse a la vez el apetito de formas más elevadas de cultura y de justicia, que

hagan la vida, no sólo más feliz, económicamente, sino más bella y noble.

ANDRENIO

(La Voz, Madrid)

## Inquietud perpetua

Nada es bello  
sin destello  
de dolor.  
No hay un canto  
sin un tanto  
de amargor.  
Todo roce  
causa goce  
y escozor.  
Sin esfuerzo nada vale,  
sin trabajo nada sale  
del abismo del temor.  
Quien más luce más se abrasa;  
quien más sube más traspasa  
toda moda y tradición.  
Todo surge de ideaciones,  
todo vive de mociones,  
nada crece sin labor.  
Todo, Todo es movimiento;  
la quietud es un tormento,  
la salud es vibración.  
Todo  
es lodo,  
pero Todo  
se depura en alto modo  
por la línea y el recodo  
de una eterna cursación.  
En las piedras impasibles,  
sfempre quedas, silenciosas,  
hay tal vez puntos sensibles,  
tal vez laten muchas cosas  
de compleja sucesión;  
y sin duda  
vibra el Eter infinito,  
superleve, ultraimpalpable.  
Todo corre, Todo muda  
con fluir inacabable;  
la inquietud es el bendito  
germinal inagotable  
de la Vida y del Amor.

J. M. BLÁZQUEZ DE PEDRO.

Panamá,

## La Edad de Oro

Como una forma de gratitud para con los contados maestros de las escuelas y colegios que en todo tiempo le han prestado su apoyo al *Repertorio Americano*, abrimos desde este número una sección de lecturas escogidas, con el título de *La Edad de Oro*, en memoria de José Martí, el gran americano amigo de los niños.

Por este camino es posible que lleguemos a reunir el material copioso para un Libro de Lectura estimable, concebido dentro de un plan vasto, y que algún día tal vez quepa en las escuelas y colegios de Costa Rica.

# Señales de los tiempos

ESA doble tendencia a conceder el voto en las elecciones, de una parte, a las mujeres, y, por otra parte, a los jóvenes, para que sea más universal el sufragio universal, debe considerarse como la expresión, en el terreno político, de una corriente general de nuestro época. Hoy, de un lado, a la mujer, y de otro lado, al mozo y aun al niño, se les otorga una importancia social y una influencia pública que, por lo común, los siglos anteriores no conocieron.

En la marcha de la sociedad no solían intervenir, de una manera directa, más que los hombres adultos. Aun entre ellos, la autoridad se reservaba casi siempre a la avanzada madurez y a la senectud. Frecuentemente las Asambleas y Tribunales eran Consejo de ancianos. La obra de la civilización aparecía casi exclusivamente como una obra viril. Claro está que la mujer no dejaba de ejercer su influjo por medio del varón, y que el espíritu de los hijos influía también en el mundo a través del ánimo de los padres. Influidos poderosísimos, sobre todo el primero. Ya es clásica la anécdota referida por Stuart Mill, quien, al citar, como prueba de la capacidad intelectual y de la amplitud política de la mujer, el hecho de que, proporcionalmente, hubo en la Historia más grandes reinas que grandes reyes, recogía como respuesta la humorística explicación de que ello demostraba, por el contrario, la inferioridad femenina, ya que cuando reinaban los varones eran las mujeres quienes, intrigando en las cortes, tenían de hecho el poder, mientras que bajo el reinado de las mujeres los hombres eran, tras las cortinas, los verdaderos y efectivos gobernantes.

Pero ahora no se trata de esto. Se trata de la influencia directa, explícita, responsable. En casi todos los países interviene ya la mujer en los asuntos públicos. Y en cuanto a la juventud, observemos que uno de los nuevos puntos de vista característicos de este siglo XX consiste en no tomar la mocedad como una mera preparación para la edad adulta, sino como una fase de la vida con valor propio, con sentido propio, con ideales propios, tan respetables como los de la madurez o la ancianidad. Cada una de las etapas de nuestra existencia tiene en sí misma su plenitud. Un joven puede realizar la perfección humana, como joven, aunque muera a los veinte años. Ni la juventud es un bosquejo deficiente de la virilidad ni la virilidad

es una degeneración de la adolescencia.

\* \*

Sabido es que también en Dinamarca, como antes en Inglaterra, se ha formado un Gobierno socialista. En este Gabinete, presidido por Stauning, desempeña la cartera de Instrucción pública una mujer: la escritora Nina Bang.

Señal de los tiempos... Allá, en aquellas tierras escandinavas, avanzadas, laboriosas, pacíficas, el lugar, acaso, de todo el planeta donde más altas brillan, siempre juntas, la cultura y la libertad, al constituirse un nuevo Ministerio, para el cual la libertad y la cultura tienen mayor importancia aún que para los anteriores, pone la regencia de la educación pública en las manos de una mujer. En realidad, la obra de educación, y aun el departamento de Instrucción pública, cuyos súbditos, en último término, son los niños de todo el país, pueden representar para un alma femenina la expansión, tal vez inconsciente, del íntimo sentimiento de maternidad, agrandado y transportado a la esfera civil, social, política...

Todos los decisivos movimientos contemporáneos se caracterizan por la intervención de la mujer. ¿Recordáis la revolución rusa? Una mujer aparecía en el grupo de patéticos descamisados, que, rompiendo los protocolos cancillerescos, fueron a concertar la paz, en Brest-Litowsky, con los aristocráticos generales alemanes, aguiluchos del Imperio. ¿Llega después al Poder el laborismo en la Gran Bretaña? En su cuartel general de la plaza de Ecclestone deliberan, junto a Ramsay Mac Donald, Henderson y Sydney Webb, la doctora Benthan o la señora Lawrence. ¿Conquista ahora el Gobierno el socialismo danés? Otra mujer sube las escalinatas del palacio real, llevando en la mano, en lugar del abanico de las galantes marquesas y las antiguas favoritas, la cartera de las responsabilidades ministeriales y las votaciones parlamentarias...

¿Qué traerá esa pública intervención de la mujer en la vida oficial? ¿Aspirará simplemente a disputar al hombre algunos puestos, desempeñándolos, poco más o menos, como el término medio de los varones? ¿O llegará a enriquecer con un nuevo y distinto matiz, el matiz femenino, la obra ampliamente humana del Derecho y de la Cultura?

\* \*

—«¿A dónde vais, jóvenes; a dónde vais, estudiantes, que recorréis las calles; a dónde vais, manifestantes, que, por encima de vuestras discordias, exaltáis la bravura y la esperanza de vuestros veinte años?»

—¡Vamos a la Humanidad, a la Virtud, a la Justicial!»

Estas palabras aparecerán grabadas en el pedestal del monumento a Emilio Zola, que ha de inaugurarse próximamente en París. Están tomadas del Mensaje a la Juventud, escrito por el vigoroso novelista hacia el final del siglo XIX.

«¿A dónde vais, jóvenes?...» Los jóvenes van resueltamente a ocupar un lugar de acción en la sociedad contemporánea. Todos los partidos políticos o sociales organizan hoy sus «Juventudes». Las Asociaciones de estudiantes ejercen un creciente influjo en casi todas las naciones. Hasta los ensayos pedagógicos de las escuelas-ciudades y de las repúblicas infantiles son una nueva prueba de esta tendencia a favorecer—y a educar—en la edad moza la iniciativa y la responsabilidad. También los jóvenes tienen su palabra que decir, su estrofa que cantar, como en los coros antiguos, en el gran concierto social, y no puede ser fielmente traducida e interpretada por labios escépticos, en los que ya puso su pliegue el desengaño.

«¿A dónde vais, jóvenes?...» Esta interrogante, esculpida en la piedra del monumento recién erigido en el corazón de París, la ciudad de la luz, ¿cómo será contestada ahora? Casi treinta años han pasado desde que

Zola formulara esa pregunta. Los muchachos que se apasionaron con el caso Dreyfus son ya hombres de mente práctica y de cabellos grises. Una generación nueva ha ocupado su puesto. «¿A dónde vais?...» Cuando los franceses de veinte años se detengan ahora ante esa interrogación al pie de la estatua del maestro del naturalismo, del gran polemista del *Paccuse*... responderán, como antaño, altivamente: «¡Vamos a la Humanidad, a la Virtud, a la Justicia!...»?

No ya en Francia, en todo el mundo sería interesante, interesantísimo, abrir una encuesta entre personas de veinte años, representativas de diversos ambientes y clases de la sociedad, para saber cuáles son los ideales de la juventud presente. Claro está que lo más importante no sería establecer aquellos ideales genéricos en que los mozos de hoy coinciden con sus mayores, sino los ideales específicos de esta nueva generación, aquellos anhelos y atisbos, siquiera confusos y todavía inconcretos, en los que ella difiere y se separa de la generación adulta, actualmente en la cumbre de la vida social. «¿A dónde vais, jóvenes?...» Sea a donde sea, lo único que interesa es que, en efecto, vayáis; que vayáis, que caminéis, que avancéis, más allá siempre, con el ímpetu sano de los corazones que empiezan a latir, de las fuerzas que empiezan a desenvolverse, de las almas que empiezan a crear...

LUIS DE ZULUETA

(*La Libertad*, Madrid).

## La música de las esferas

*Los astros narran la gloria del Señor.*

1

ANUNCIA el cable que, merced al ingenio de algunos sabios franceses, ha sido posible oír la luz de una estrella. Después de miles de años realizase el pensamiento genial de Pitágoras. Los sabios anteriores a Sócrates crearon todas las ideas cosmológicas que después ha venido discutiendo y aquilatando la humanidad. Ayer apenas, el pensamiento de Heráclito se confirmó en las especulaciones científicas de Lamarck y Darwin. Anaxágoras parece haber vislumbrado el mundo de los infinitamente pequeños, que Pasteur manifestó a la cultura contemporánea en sus memorables experimentos. Demócrito de Abdera es el precursor helénico de la química moderna; su atomismo se convirtió en ley científica, merced a

la balanza de Lavoisier. Hoy, ciertas placas foto-eléctricas de selenio han permitido oír los destellos luminosos de una estrella. ¡Todas las intuiciones poderosas de aquellos super-hombres se metamorfosean en principios científicos experimentales! La verdad es una, a través de los siglos, la conjetura plausible que brotó de la mente de un griego, cuatro o cinco siglos antes de Jesucristo, florece en nuestros días como si fuera un círculo magnético en el que se enlazan las ideas y se acumulan los esfuerzos. Con razón decía Pascal que la humanidad entera es como un solo hombre que aprende constantemente y constantemente se mejora. El progreso moral o artístico puede ser discutible; el progreso científico es evidente.

2

Pitágoras, en sus meditaciones soli-

tarias, concebía el Universo como un todo armonioso. Del propio modo que se comprueba la ley acústica, en virtud de la cual los sonidos de las cuerdas vibrantes se hallan en estrecha relación con la longitud de las mismas, así la proporción de los radios de las órbitas celestes, engendra la armonía del Universo. El griego llamó al mundo COSMOS, esto es, mundo ordenado y coherente, no simple conjunto, sino sistema eurítmico. La armonía es el canon de la existencia, aun en las cuerdas de la lira o los sonidos de la flauta, como en la rotación de los astros. Fray Luis de León lo ha dicho, también, en las incomparables estrofas de su oda a la Música, cuando describe al alma, sumida en el olvido, que

Traspasa el aire todo  
hasta llegar a la más alta esfera,  
y oye allí otro modo  
de no perecedera  
música, que es de todas la primera.

Ve cómo el gran maestro  
a aquesta inmensa cítara aplicado,  
con movimiento diestro  
produce el son sagrado,  
con que este eterno templo es sustentado.

3

Pero hay más aún, como enseña Aristóteles en su Tratado del Cielo: «Existen filósofos que sostienen—los pitagóricos— que necesariamente el movimiento de cuerpos tan grandes, como los astros, debe engendrar un rumor, puesto que los cuerpos que se mueven sobre la tierra, y que se hallan muy lejos de poseer las enormes masas y velocidades de los astros, producen un sonido. Es imposible, pues, que las estrellas, cuyo número es prodigioso, como su masa y su velocidad, no produzcan, también ellas, un ruido prodigioso. Suponiendo probado este primer punto, imaginan, además, los pitagóricos, que las velocidades componen, con las distancias, relaciones sinfónicas; y añaden que el movimiento circular de los astros, produce una voz, un canto armonioso. «La astronomía es una música celeste...»

4

La magnífica proeza moderna ha hecho oír, merced al milagro del radio, las variaciones luminosas de la estrella Capella, amplificándolas de diez a 15 veces, «hasta que las oscilaciones se convirtieron en sonidos». De esta suerte, el astro, distante y solitario, ha venido a impresionar, no sólo la mirada, sí que también el oído de los hombres, perdidos en un rincón del infinito, a millones de millones de kilómetros. Acaso en su morada luminosa, que muy bien podría ser la bondadosa estrella, nuestra primera her-

mana, el espíritu de Pitágoras asiste, desde su incorruptible altura a esta síntesis de pensamiento y de amor. Quizás el inspirado atravesó las gélidas inmensidades, empujado por la presión de un rayo de luz, y ha vuelto a la tierra a cantar, después de siglos, la epifanía de su himno de victoria.

## 5

Charlábamos el otro día con un aviador que, a bordo de su máquina, hizo la campaña con motivo del último episodio revolucionario. Nos decía:— Cuando uno se eleva un poco en el espacio sobre las ciudades, parecen los asuntos humanos cosa de poco momento. Queda uno en el aire puro, en presencia de Dios, y parece mentira

que las gentes se maten por un puñado de tierra. El Palacio Nacional de México, desde esa altura, agregaba nuestro amigo, es no más un punto insignificante. ¡Cuánta codicia, en cambio, en torno de él! Limpia el espíritu subir un poco para ver desde allí el tránsito de la historia contemporánea.

Así dijo nuestro amigo el aviador. ¿Qué dirán de las molestias del trato humano, que a veces hacen brotar sangre, quienes han oído sonar por vez primera la música pitagórica del infinito? Los astros, dijo el Salmista, «narran la gloria del Señor».

ANTONIO CASO

(Revista de Revistas,  
México, D. F.)

## Dos meditaciones recientes de don Miguel de Unamuno

### Jueves Santo

Hoy, jueves de Semana Santa o de Pasión, lo que se llama Jueves Santo, aquí, en Fuertecabras de Fuerteventura, frente a la mar serena y el sereno cielo, sobre esta aislada tierra sedienta. Hay que volver a meditar los misterios de la Pasión del Divino Maestro.

Ante todo, una vez más, ¿por qué le crucificaron? Nos lo dice el cuarto Evangelio, el llamado de San Juan, en su capítulo onceno, cuyos versillos 47 y 48 rezan así: «Reunieron, pues, los sumos sacerdotes y los fariseos un concejo y dijeron: ¿Qué hacemos? Porque el hombre éste hace muchas señales, y si le dejamos así creerán todos en él y vendrán los romanos y nos suprimirán, y al lugar y a la raza». Por donde se ve bien claro—repetámoslo otra vez más—que le ajusticiaron—¡justicia!—por sedicioso, por razón política y judaica. Y Caifás decía (ver 50) que convenía que muriese un hombre por el pueblo y no que la raza toda pereciese.

Hoy la raza de Caifás y la de Jesús, la raza judía, anda por el mundo todo sin patria. ¿Sin patria? ¡Sin patria, no! Sin tierra, sin territorio nacional.

Porque el que dijo lo de «dad al César lo que es del César, el dinero, y a Dios lo que es de Dios, la honra y el acatamiento espiritual», nos dió la patria espiritual, la de la raza.

Por razones políticas de estrechez de raza, por separatismo de la civilización, acordaron los sumos sacerdo-

tes, y los fariseos, acabar con el Cristo. Bien decían los suyos, los de su casa, los de su familia, que estaba loco, según se nos dice en el versillo 21 del primer Evangelio, en el llamado de San Marcos.

¿Por razón de Estado? La razón de Estado fué lo que le movió a Pilatos a entregar al Maestro a los verdugos, después de hallarle inocente y preguntarse: «¿Qué es verdad?» Pero lo que a los sacerdotes y fariseos, a los nacionalistas judíos, les movió a pedirle que se le crucificara, fué razón de estrecho nacionalismo judaico. El pueblo escogido no podía consentir que se le hiciese vivir en comunión espiritual con los demás pueblos: con los gentiles. Porque los demás pueblos odiaban y envidiaban—así creían aquellos ruines espíritus—al pueblo escogido. La doctrina de aquel sedicioso era doctrina de universalidad, de hermandad de todos los hombres y todos los pueblos, ¿y cómo transigir y convivir en espíritu con el incircunciso?

Los sacerdotes judíos que llevaron a la cruz al Cristo eran unos fanáticos.

Pasaron los siglos y se estableció en España la Inquisición, y se expulsó a los judíos, primero, y a los moriscos, después. ¿Por motivos religiosos? No, sino para mantener una farisaica unidad de raza, para proteger la homogeneidad, que es origen de empobrecimiento espiritual y moral, y hasta económico y de muerte. Y luego se hizo España el adalid de la Contrarreforma; el hereje fué considerado un

enemigo, no de la religión, sino de la patria cesárea, y fué el Poder temporal, el poder cesáreo, el brazo secular, el que atormentó a los herejes.

Es inútil que Menéndez y Pelayo, creyendo destruir lo que él creía una leyenda, haya creado otra. La leyenda negra de la Inquisición es menos negra que la realidad histórica.

### El caos

MARCHA aquí la vida al compás del paso solemne y lento del camello. La lejanía en el espacio trae consigo lejanía en tiempo. Cuando las noticias nos llegan con ocho, a las veces con quince días de retraso, llégnanos descoloridas y sin sonoridad. Sus últimos ecos en su foco apagáronse cuando llegan ellas a nosotros. Y esto parece que debe prestarse a que uno las aprecie con más serenidad.

Pues bien: en este tranquilo alejamiento, en este aislamiento—¡y cómo se comprende en esta isla todo el valor de esta palabra: aislamiento!—, tan propicio al examen de conciencia, a la rumia de los recuerdos, a la contemplación del pasado vivo; aquí se siente con más fuerza la tragedia de la decadencia, del derrumbe de un pueblo; aquí se indigna uno más con patriótica indignación.

El pobre señorito que diga que hay que aislar al pesimista no sabe ni lo que es pesimismo ni lo que es aislamiento. Pesimismo, ya lo hemos dicho, le llama un médico a la opinión de otro médico, que cree que con el régimen de aquél el enfermo no sanará, sino antes se pondrá peor, y que estima que lo primero que hay que hacer es arrancar al enfermo de manos del médico optimista, aunque sea para dejarle entregado a la Naturaleza.

¿De dónde han sacado los tontos eso de que carece de soluciones positivas el que les niega su concurso, sabedor de que no hay solución alguna, por buena que parezca, que pueda llevarse a buen término si los tontos se entrometen en patronizarla?

Pero....

Es inútil que le demos vueltas; no puede apartarse de nuestra mente ese agorero término de pesimismo. Es una de las palabras que han acabado por perder su sentido, y como ya apenas si quieren decir nada, como no son más que un «chibolete» (véase el tomo segundo de nuestros *Ensayos*, y entre éstos el titulado *La Fe*), he aquí por qué no se les cae de la boca a los que sólo con la boca hablan. Es una de esas palabras que no sirven más que para tapar un hueco. Y suenan a la oquedad que tapan.

Aquí, en este fecundo aislamiento,

todo eso de pesimismo y optimismo deja ver la espantosa oquedad de su contenido. Porque es una oquedad que da espanto. Y es desde aquí, desde este fecundo aislamiento, desde donde se aprecia cuánto más terrible que el salto en las tinieblas es el salto en el vacío.

Y esto del vacío nos sugiere el caos, de que tanto y tan sin sentido se habla.

Dispensad al lingüista que os quiera distraer un rato con la etimología de la palabra caos. Que quiere decir propiamente hiato o también hostezo, abertura de boca o de otra cosa que como la boca se abra. Por ejemplo, la tierra en un terremoto. El caos es el abismo que se abre, y el caos está vacío. No es lo mismo que cataclismo, que quiere decir diluvio, ni lo mismo que catástrofe, que quiere decir revo-

lución. No; caos es hostezo, aunque sea de tierra. Y al verdadero caos se le suele llamar orden.

«¡Después de mí, el diluvio!», dicen que decía aquel déspota de antaño. Pero el diluvio, el cataclismo, es una bendición de Dios para los campos después de unos años de sequía. Los cataclismos del Nilo han hecho la riqueza de Egipto. Y también hay caos, hay hostezo, que es una bendición. Cuando saca a luz capas profundas de tierra virgen, de tierra no fatigada ni empobrecida por el cultivo. O por los abonos, que también acaban por estropear una tierra. Como que el abuso de los abonos produce frutos artificiales y expuestos a enfermedades. Por donde el caos puede ser muy útil en ciertas épocas. El caos repristina la virginidad de la tierra.

¡Qué falta nos está haciendo una catástrofe intelectual, acompañada de una catástrofe del lenguaje y de otra estética, que se trague en el caos toda esa escombrera de lugares comunes, todo ese escorial de frívolas patochadas que ha ido amontonando una educación de ordenanza!

Aquí, en este fecundo aislamiento, se siente mejor toda la tragedia de la oquedad, todo el trágico destino de un pueblo que viene alimentándose de sonoras vaciedades, que profesa la más triste de las idolatrías: la idolatría de las palabras muertas. Y esto sí que es el caos.

MIGUEL DE UNAMUNO

Isla de Fuerteventura y abril del 24.

(La Libertad. Madrid).

## Zopilotes

A mi buen amigo Doctor don RAMÓN QUESADA, el de la risueña filosofía.

Semejan, sobre el fondo azul del firmamento, acentos circunflejos hechos con tinta china... Y dueños del espacio, en la calma divina de la mañana diáfana que apenas besa el viento,

van describiendo círculos, con su vuelo tan lento, que parecen dormidos en el aire... Fascina la gracia de sus giros pausados, se adivina que gozan de la inmensa embriaguez del momento...

¡Quién diría al mirarlos balancearse en la altura: las alas casi inmóviles, con esa galanura digna de águilas reales, que únicamente son

hediondos zopilotes de plumas desteñidas que se hartan los montones de materias podridas, y allá arriba, en las nubes, hacen la digestión!

Sonsonate. 1923.

## Optimismo

Vengo de una tierra virgen todavía, donde nunca nieva, donde quema el sol!... Soy una muchacha toda fantasía, —mezcla de irlandés, indio y español!—

Tengo ojos oscuros, cabellos castaños, dicen... que soy dulce más que dulce piña, y aunque ya cumplí mis veintitrés años algunos me juzgan tan sólo una niña.

Pajarito inquieto de atrevido vuelo, flor que se cansó del viejo jardín, atrás he dejado mi cielo y mi suelo y a un país extraño he llegado al fin!

¿Qué busco? Lo ignoro. Cumpló mi destino: un Ser invisible se ocupa de mí, su mano, en la sombra, señaló el camino, su voz dijo: «Marcha!»... Yo le obedecí.

Y no tengo miedo. ¡Temer es pecado! Canta Primavera, ríe el niño Amor, veo cada cosa de color rosado y en el horizonte brilla un resplandor.

La Vida es muy bella, la Vida es muy buena! ¡Tengo el alma plena de ilusión divina! —No me habléis ahora de llanto y de pena.— ¡Soy una dichosa y azul golondrina!

CARMEN BRANNON.

New York, mayo de 1923.

P. S. Van esos versos, por si acaso, en su periódico, hay un lugarcito para ellos. Son viejos pero inéditos aú.

C. B.



## LA EDAD DE ORO



1.—El cuento  
de los cuatro ciegos.

Cuentan un cuento de cuatro hindús ciegos, de allá del Indostán de Asia, que eran ciegos desde el nacer, y querían saber cómo era un elefante. «Vamos», dijo uno, «adonde el elefante manso de la casa del rajah, que es príncipe generoso, y nos dejará saber cómo es». Y a casa del príncipe se fueron, con su turbante blanco y su manto blanco; y oyeron en el camino rugir a la pantera y graznar al faisán de color de oro, que es como un pavo con dos plumas muy largas en la cola; y durmieron de noche en las ruinas de piedra de la famosa Jehanabad, donde hubo antes mucho comercio y poder; y pasaron por sobre un torrente colgándose mano a mano de una cuerda, que estaba a los dos lados levantada sobre una horquilla, como la cuerda floja en que bailan los gimnastas en los circos; y un carretero de buen corazón les dijo que se subieran en su carreta, porque su buey jiboso de astas cortas era un buey bonazo, que debió ser algo así como abuelo en otra vida, y no se enojaba porque se le subieran los hombres encima, sino que miraba a los caminantes como convidándoles a entrar en el carro. Y así llegaron los cuatro ciegos al palacio del rajah, que era por fuera como un castillo, y por dentro como una caja de piedras preciosas, lleno todo de cojines y de colgaduras, y el techo bordado, y las paredes con florones de esmeraldas y zafiros, y las sillas de marfil, y el trono del rajah de marfil y de oro. «Venimos, señor rajah, a que nos deje ver con nuestras manos, que son los ojos de los pobres ciegos, cómo es de figura un elefante manso». «Los ciegos son santos», dijo el rajah, «los hombres que desean saber son santos: los hombres deben aprenderlo todo por sí mismos, y no creer sin preguntar, ni hablar sin entender, ni pensar como esclavos lo que les mandan pensar otros: vayan los cuatro ciegos a ver con sus manos el elefante manso». Echaron a correr los cuatro, como si les hubiera vuelto de repente la vista: uno cayó de nariz sobre las gradas del trono del rajah: otro dió tan recio contra la pared que se cayó sentado, viendo si se le había ido en el coscorrón algún retazo de cabeza: los otros dos, con los brazos abiertos, se quedaron de repente abrazados. El secretario del rajah los llevó a donde el elefante manso estaba, comiéndose su ración de treinta y nueve tortas de arroz y quince de maíz, en una fuente de plata con su pie de ébano; y cada ciego se echó, cuando el secretario dijo «¡ahora!», encima del elefante, que era de los pequeños y regordetes: uno se le abrazó por una pata: el otro se le prendió a la trompa, y subía en el aire y bajaba, sin quererla soltar; el otro le sujetaba la cola: otro tenía agarrada un asa de la fuente del arroz y el maíz. «Ya sé», decía el de la pata: «el elefante es alto y redondo, como una torre que se mueve». «¡No es verdad!», decía el de la trompa: «el elefante es largo, y acaba en pico, como un embudo de carne». «¡Falso y muy falso!», decía el de la cola: «¡el elefante es como un badajo de campana!» «Todos se equivocan, todos; el elefante es de figura de anillo y no se mueve», decía el del asa de la fuente. Y así son los hombres, que cada uno cree que sólo lo que él piensa y ve es la verdad, y dice en verso y en prosa que no se debe creer sino lo que él cree, lo mismo que los cuatro ciegos del elefante, cuando lo que se ha de hacer es estudiar con cariño lo que los hombres han pensado y hecho, y eso da

un gusto grande, que es ver que todos los hombres tienen las mismas penas, y la historia igual, y el mismo amor, y que el mundo es un templo hermoso, donde caben en paz los hombres todos de la tierra, porque todos han querido conocer la verdad, y han escrito en sus libros que es útil ser bueno, y han padecido y peleado por ser libres, libres en su tierra, libres en el pensamiento.

(Referido por JOSÉ MARTÍ en *La Edad de Oro*, Nueva York, 1889).

2.—La raposa mortecina

Una raposita ha salido de su manida y se ha dirigido hacia la aldea. Todo duerme; es media noche. En la obscuridad no se percibe más que — allá lejos — la raya negruzca de las montañas sobre la foscura del cielo. Brillan las estrellas: brillan con ese titileo radiante de las noches de invierno.

...De cuando en cuando un vientecillo ligero trae de la aldea un olor particular que nuestra raposita recoge en sus narices. El ejido del poblado está ya aquí; luego las casas; detrás de una de ellas se extienden las largas tapias de un corral. No se sabe cómo la raposita ha entrado en el corral. En los travesaños de un cobertizo están acurrucadas las gallinas, los gallos. Los gallos, tan vigilantes, no se han percatado de nada. Lentamente, pasito a paso, mirando a todos los lados, venteando todos los olores, avanza la buena raposita.

...Ya está en el gallinero nuestra zorrilla; las gallinas se han dado cuenta—un poco tarde—del huésped que viene a visitarlas. La hora no es muy a propósito para cortesías. Se ha producido un ruidoso remolino en el cobertizo a la vista de la raposa. Todas las gallinas cacareaban y los gallos cantaban — despavoridos. — La raposa ha cogido una gallina entre los dientes y la ha zarandeado con violencia. Con una tierna y gorda gallina tendría la raposita para su yantar. Pero cuando ha sentido la raposa correr entre sus fauces la sangre tibia, humeante, de la gallina, ha perdido la cabeza. ¡Cómo brillan ahora sus ojos! ¡Cómo va de una parte a otra furiosa, abstraída, tambaleándose, como ciega, como borracha!

No se harta de destrozar gallinas; tendidas quedan muchas por tierra. En la casa deben de tener el sueño muy pesado; nadie se mueve.

...Entusiasmada, encarnizada en su labor siniestra, la raposita no ve que una claror blanquecina aparece por Oriente. La aurora comienza a anunciarse.

A nuestra raposita se le ha hecho tarde. No puede salir sin peligro del gallinero; van y vienen gentes por la aldea. Otros gallos lejanos cantan; un can ladra. No tiene más recurso nuestra raposa que salir a la calle y tenderse en medio haciéndose la muerta. Porque si la vieran correr por las calles del pueblo ¿qué sería de ella?

...Nuestra raposita se hace la muerta; en medio de la calle está tendida. No es cosa rara, donde hay muchas zorras, ver una zorra muerta en medio del arroyo. Va paseando la gente. «A cabo de una pieza, pasó por hi un home, y dixo que los cabellos de la frente del raposo

que eran muy buenos para poner en las frentes de los mozos pequeños, porque no los ahojen». Con unas tijeras, este hombre curioso trasquila la frente de la zorrilla. La zorrilla se estuvo quieta.

Después otro transeunte vió la raposa y dijo lo mismo de los pelos del lomo. Le trasquiló los pelos del lomo. La raposita se estuvo quieta. Luego otro hizo la misma observación respecto del pelo de las ijadas. Le trasquiló las ijadas. La raposita se estuvo quieta. «Nunca se movió el raposo, porque entendía que aquellos cabellos non le farían gran daño en los perder». Otro viandante llegó más tarde y dijo que la uña del raposo es buena para curar los panadizos. Tajóle las uñas a la raposita. La raposita no se movió. Después otro dijo que el diente de la zorra cura los males de dientes. Quitóle un diente a la raposita. La raposita no se movió. A seguida vino otro y manifestó que el corazón del raposo es conveniente para nuestros dolores de corazón. Metió mano a un cuchillo para sacarle al raposo su corazón. «Y el raposo vió que le querían sacar el corazón y ge si que lo sacasen, que non era cosa que se pudiese cobrar». Entonces la raposita dió un salto, echó a correr y se perdió a lo lejos.

(Vuelta a contar por AZORÍN:  
Páginas Escogidas, Madrid).

### 3.—El vestido de doña Rana

Dicen que doña Rana—cuenta Pepito—tenía grandes deseos de ponerse un vestido nuevo. Estaba cansada del suyo de seda verde y resolvió ir a casa de la «Bruja de la Roca» para que, a cambio de un puñadito de pepitas de oro, que había recogido de entre las arenas de un río, le hiciese un traje de terciopelo encarnado. La Bruja le contestó:

—Con mucho gusto se lo haré, señora Rana. Pero le

prevengo que no vendrá bien con el color de su tez.

Doña Rana le dijo, entonces:

—Hágamelo azul, señora Bruja. Lo que yo deseo es no andar como todas las demás ranas, pues soy muy distinguida y no me gusta que me confundan con la mayoría.

—Para evitar eso, señora —intervino don Saltamonte, que también estaba de visita en casa de la Bruja—sea usted excepcionalmente buena; cante mejor que sus demás hermanas, haga una hermosa obra de arte y no se preocupe del vestido. Aunque recame éste con perlas de rocío enhebradas en rayos de sol, no ha de sobresalir por ello sólo. Llamará la atención un día o dos, pero nada más. En cambio, de la otra manera, ya verá usted qué enorme triunfo será el suyo.

Pero doña Rana se encogió de hombros y le compró a la Bruja un precioso trajecito de felpa amarilla, azul, naranja, negra, blanca, escarlata y gris. Lo que sí que, como estaba hecho para un «siete colores», tuvo la Bruja que introducir en él algunas reformas. Muy contenta se marchó doña Rana a su charca. Pero, en vez de despertar admiración y envidia, como creía, lo único que consiguió fué que sus hermanas se burlaron de ella, los sapos le hicieron una rechifla y las ranitas pequeñas huyeron asustadas ante aquel feo bicho de tantos colores. Tuvo que esconder bajo las hojas de un camalote su caro vestido y ostentar de nuevo el lindo trajecito de seda verde que le había dado la sabia Naturaleza.

—¡Cuánto más me hubiera valido—pensaba con amargura—seguir los sabios consejos de don Saltamonte!

Y desde ese día se corrigió de su vanidad y tan sinceramente buena fué, que en diez leguas a la redonda, no había charca, bañado o arroyuelo donde no se comentaran y bendijesen su caridad y buen corazón.

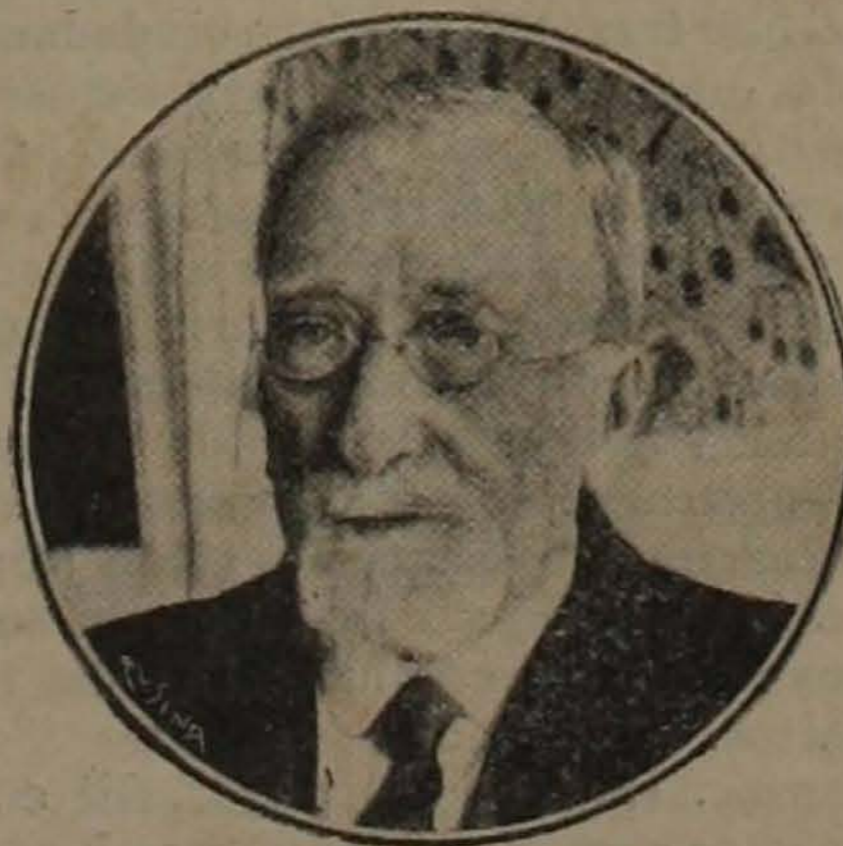
JUANA DE IBARBOURO

(Ejemplario, Montevideo).

## Dos miligramos de arsénico

EL farmacéutico francés Danval, condenado en 1877 a trabajos perpetuos, como culpable de haber envenenado a su mujer, ha sido rehabilitado hace pocos días por los Tribunales franceses. Había pasado veinticinco años en el presidio; en 1902 recibió el indulto, pero no ha querido conformarse con esta gracia, ni con la amnistía que le fué concedida en 1919 en compensación por la muerte de sus dos hijos en el campo de batalla. Denodadamente ha perseguido su rehabilitación plena y la indemnización que en buen derecho le correspondía. Su empresa no ha sido fácil. Para obtener, al fin, la deseada sentencia, han sido necesarias muchas cosas, descubrimientos científicos inclusive. La mujer del boticario había muerto en pocas horas con todos los signos del envenenamiento arsenical. El análisis de las vísceras señaló la presencia de dos miligramos de arsénico en el cadáver. Estos dos miligramos de arsénico fueron la perdición del boticario, que tenía en su contra el indicio de su profesión. Fué condenado por el informe de los

peritos. Pero después de su condena, los laboratorios de medicina legal comenzaron a dudar de los análisis en que aparecía el arsénico en pequeñas



LUIS DANVAL

cantidades. En un célebre proceso, el toxólogo Raspail decía en la Sala de la Audiencia: «Me comprometo a encontrar arsénico en los pies del sillón del presidente». Después ya se pudo afir-

mar científicamente que la presencia del arsénico en el cuerpo humano es normal dentro de ciertas cantidades. Los dos miligramos no eran, pues, indicio suficiente. Quedaban los síntomas del envenenamiento. Pero un día Danval, asistiendo a un amigo enfermo, observó la identidad de la dolencia que padecía con la que había causado la muerte de su mujer. Entonces se enteró de que la ciencia médica había determinado en los últimos años una enfermedad con síntomas análogos a los del envenenamiento arsenical debida a una intoxicación por lesión de las glándulas suprarrenales. Afortunadamente para Danval, su proceso había sido tramitado con la mayor escrupulosidad; en los folios quedaba testimonio prolijo de los análisis periciales y de los informes médicos sobre la enfermedad de su mujer. El Tribunal no ha necesitado más que desatar el legajo para acordar la rehabilitación del boticario, el cual recibe, además, una doble indemnización de 20.000 francos de capital y 12 000 de renta anual vitalicia.

Este error judicial pone en crisis el valor de los informes periciales. El perito se atiene—claro está—a los

(Pasa a la página 207).

# El centenario de Pi y Margall

EL centenario de un hombre ilustre no es una fecha de recuerdo necrológico. Es la celebración de una inmortalidad; esto es, de una ciudadanía viva, triunfadora de la muerte. No una supervivencia, una huella semiborrada en nuestro camino, sino una convivencia entre nosotros, una estela de luz convertida en guía de nuestra noche. No el eco de una voz extinguida, sino el grito que increpa en nuestra plaza, estimulando las desmayadas energías, excitando los agotados instintos de libertad.

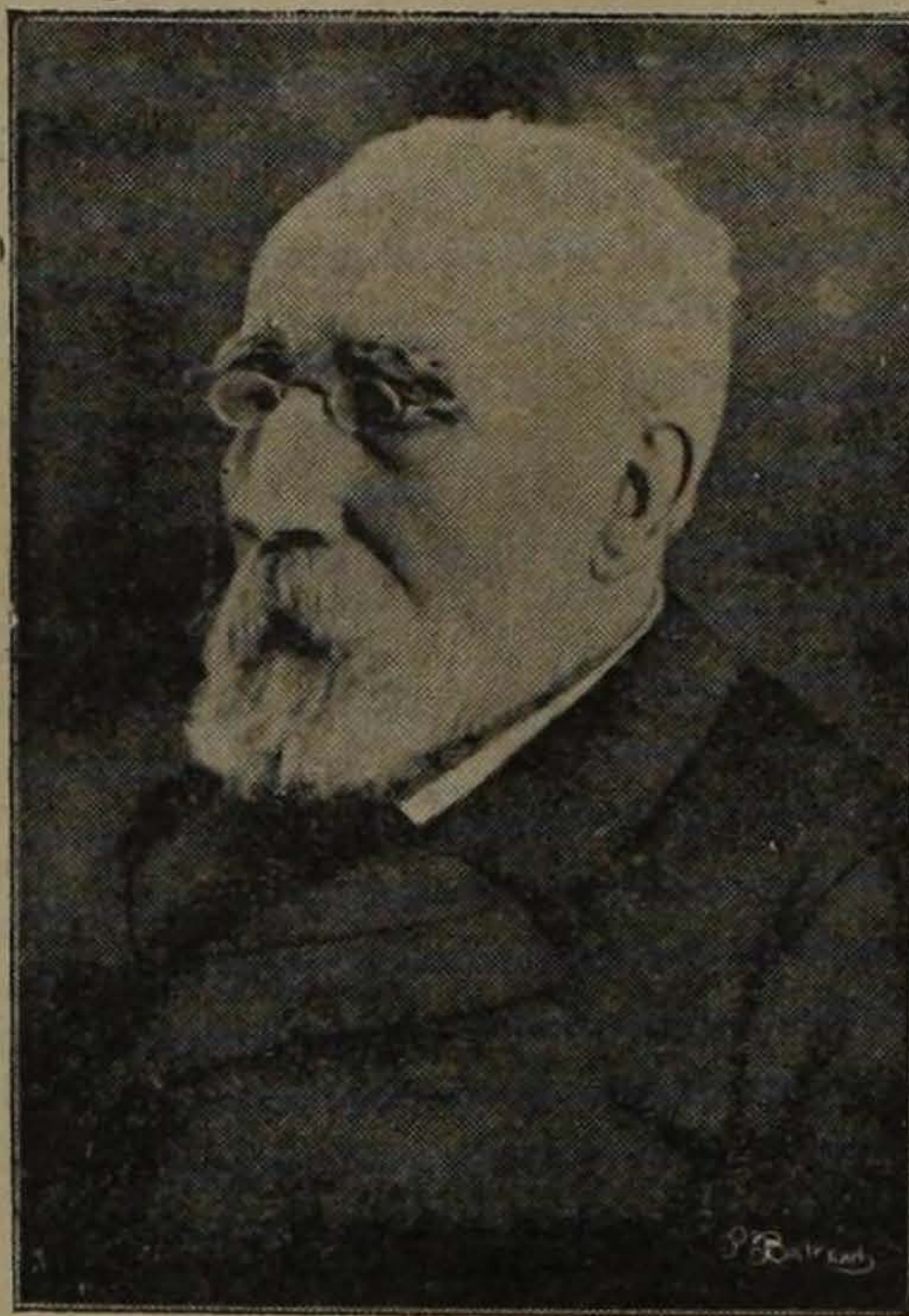
A nadie pueden ser aplicadas con mejor derecho esas consideraciones que a don Francisco Pi y Margall, cuyo centenario está a punto de conmemorarse.

\* \*

Por muchas razones, el recuerdo de mi formación personal como ciudadano va unido al nombre de Pi y Margall. En días de prueba, cuando los españoles fueron sometidos a la tremenda opción entre el egoísmo ciego de la intransigencia metropolitana, que pedían las turbas, y la grandeza espiritual de la concesión de la independencia a Cuba, que Pi y Margall pedía, éste fué, para mi juvenil entusiasmo, un magisterio alentador y un consuelo; mi verdadera reintegración en la ciudadanía española. Conservo de él una carta reconfortadora, que nos dirigió al grupo de amigos que entonces desbordábamos, en una Revista provinciana, el contenido hervor de nuestros disentimientos con el Poder, causante de tanta ruina y, sobre todo, de tanta maldad. Desde entonces..., ¿a qué decir que aquellos disentimientos no han encontrado ocasión de extinguirse a través de nuestra política oficial?

Pi y Margall, como ciudadano y como encarnación suprema de la efímera y gloriosa República española, nos sugiere el más interesante de los problemas políticos: la antinomia entre el político superior y la inferioridad de la multitud sobre la cual actúa; entre la pura normalidad y la bajeza real de la carne de su pueblo. He aquí un tema fecundo en consideraciones.

Hemos llegado al centenario de Pi, y nuestros ojos se vuelven a su gran figura, anhelosos de revisión. ¿Cómo suena a nuestros oídos el ritmo del invisible cortejo del maestro, al volver a desfilar ante nosotros? ¿Es una marcha fúnebre? ¿Es un himno triunfal? Yo creo que jamás pudo soñarse más dramática situación que la de ese



D. Francisco Pi y Margall

*El 29 del pasado mes de abril celebró España el primer centenario del nacimiento de este claro varón.*

episodio, a la vez tan imaginario y tan real... El séquito de Pi es a la vez una marcha fúnebre y un himno triunfal; una elegía y una apoteosis... Transcurre como la más intensa de las paradojas, llena de riqueza trágica, fecunda en sugestión de trascendencia... Verdadero momento épico, concentración de Historia y de Humanidad.

Es una marcha fúnebre. A nuestro entorno yacen los escombros del mundo ideal que trazó ese preclaro ciudadano. Nada queda de su visión generosa a nuestro alrededor. Si ese campeón pudiera abrir los ojos, recobrando su vida temporal, la ira profética inflamaría su gesto, y en su voz arrojaría su alma como un dardo de fuego, para purificarlos. Volverían a su lengua las eternas interrogaciones de dolor, no para resignarse ante la muerte, como Jorge Manrique, sino para lanzar el supremo llamamiento de combate: ¡Arriba los muertos!

Pero... escuchemos mejor. El cortejo se acerca. Felizmente, nos hemos equivocado. No es una marcha fúnebre. Es un himno triunfal. El ritmo se ha transformado al chocar con nuestro espíritu anhelante. Esa figura histórica se renueva para todos nosotros. Abramos la historia de ayer, envejecida y miope. Descubramos en ella a Pi y Margall erguido sobre su magis-

tratura fugaz y tambaleante... ¿Qué dice esa historia? Ese hombre fué la viva concreción del fracaso. No tuvo el sentido del «matiz» político; la sagaz transigencia con la propia doctrina, o, mejor, con la propia moral; la taimada gradación de tonos... ¡Qué lejos estuvo de la habilidad florentina! ¡Ah, si hubiese sabido pactar con la conciencia! ¡Qué falta de sentido «práctico»!

Pero también a nuestros ojos interiores, la nueva luz, la nueva alborada, anuncia el nuevo día. Y a esa claridad insólita volvemos a mirar a Pi y Margall. ¿A qué se llama «fracaso»? ¿No será a la lucha violenta entre un hombre y un pueblo? Pero ese hombre no es un tosco domador de la fiera-multitud, armado de látigo, empuñando sus armas de fuego, sino un Orfeo tañendo su lira entre los leones acurrucados a sus pies, como a los de Daniel; un Anfión levantando ciudades con su melodía. Pi y Margall tuvo acaso conciencia de que sacrificaba el éxito inmediato de su quijotismo interior al provecho de venideras generaciones. Y en nosotros germina hoy imperiosamente el ansia de ser esas generaciones escogidas, dignas, por fin, del magisterio de aquel hombre. Dejarme creer que en no lejanas posibilidades históricas va creciendo una España que rescatará a la otra España y levantará sobre su pavés a Pi y Margall redivivo y eterno. No como una losa funeraria en el nombre de una calle amorfa, sino como un conciudadano viviente en el diálogo del foro, en la disputa de los Ateneos, en la batalla de los Parlamentos.

Ese es el sentido heroico de la figura de Pi; su gesta de campeón. No queremos para él una transfiguración legendaria, una aureola fantástica. Queremos la irradiación de su obra y de su ejemplo.

¿Fracaso? Se me ocurre un nombre, como fuerte disonancia con el de Pi. Y ese nombre, para la multitud dorada, es el de un hombre de éxito, lo contrario de un fracasado. Es Cánovas del Castillo. En este momento veo a las dos sombras enfrentarse en un momento único de su vida; fué en los días tremendos de Filipinas. Pi y Margall, que jamás pidió nada a la Monarquía, salió de su puritano retraimiento para pedir a Cánovas la vida de Rizal. ¡Y Cánovas se la negó! Yo veo en aquel olvidado rasgo un instante simbólico. Pi y Margall se irguió con toda su fuerza de «antago-



nista». No un antagonismo como actitud meramente negativa, sino como afirmación de los olvidados valores primarios ante una política de hundimiento moral, más aún que de desastre material. Mostróse entonces Pi como la persistencia de la generosa tradición libertadora, ahogada por el retorno de las viejas razones de Estado y la burla de los idealismos románticos, faros de la indefectible Utopía, patria nuestra lejana...

Pues bien; yo pregunto ahora: ¿Cuál de los dos es hoy el verdadero fracasado? ¿Cánovas o Pi y Margall? ¿Cuál de ellos, en cambio, es el hombre vivo y parlante, rebosando el caudal opulento de su alma, de su alma evocadora y magistral? Mirad ahora en ruinas la obra de Cánovas, artificiosa y vana, ajena a la verdadera ley evolutiva del espíritu nacional, al crecimiento de España, al auge de nuestra conciencia colectiva. Por su misma pesadumbre, por su misma corrupción interior, por su propia mentira, esa obra se derrumbó con estrépito.

Y la sombra de Pi y Margall — no sombra, no; hombre con más vida que todas nuestras sombras errantes de españoles que se creen vivientes — proclama, hoy más que nunca, la plena actualidad de su ideario y de su fe, con la ilusión de que, al fin, habrá nacido, tal vez, una España capaz de recibir en su tierra la fecunda semilla.

GABRIEL ALOMAR.

(La Libertad, Madrid).

## Pi y Margall

El escritor público debe dejar a un lado toda consideración, y no obedecer más que a la voz de su conciencia. Si no se siente fuerte para luchar debe romper la pluma; jamás escribir contra sus propias convicciones. Emplearla así es un delito.

(FRANCISCO PI Y MARGALL. *Estudios sobre la Edad Media*).

Las anteriores palabras, que constituyen el Evangelio del escritor honrado y libre son a manera de norma y síntesis de la obra y de la vida del gran repúblico español.

La presente dolorosa prueba que está sufriendo la patria de Pi y Margall ha sido una verdadera piedra de toque para apreciar la intensidad de convicción, la excelsitud de virtudes y la ardencia de amor que han menester quienes se consagran al culto austero de la verdad y al servicio abnegado de la Libertad.

Espíritus elevados ha habido que andaban engañados de buena fe sobre el grado de firmeza de su consagración a un ideal político; créanse sinceramente exentos de flaquezas; mas al confrontar este preciso dilema: o el culto a los tradicionales prejuicios de patria, raza, tradición, sangre y lengua, o la aceptación de un principio con todas sus consecuencias inexorables, siquiera sea a costa de los más íntimos sacrificios; ante esos dos términos fatales, decimos, sintieron que su fe vacilaba y que un hálito frío extinguía el fuego de su entusiasmo. Esto es perfectamente humano y no lo censuramos; mas lo otro es

## Lo que va de ayer a hoy



La sombra de PI Y MARGALL: ¡Una pequeñez!

(La Libertad, Madrid).

grande y en ocasiones casi sublime. Pi y Margall es la manifestación más alta y más pura de ese apostolado de una idea, de esa convicción superior a todo humano sentimiento, a la voz del corazón, al grito de la sangre; él busca la justicia y la verdad, y las defiende contra todo un pueblo, lo que es heroico, y aun contra su misma madre, lo que es sobrehumano.

Cuando fué Presidente del Poder Ejecutivo en los fugaces días de la República española, le llamaban *el filósofo de la Gobernación*. En medio de las situaciones más desesperadas, jamás transigió en sus convicciones; para mantenerlas incólumes sacrificó su posición política y algo más caro: la República misma. Nunca ha temido decir la verdad, y el decirlo ha estado en muchas ocasiones a un paso de costarle la vida. Hé aquí sus palabras al dejar el Gobierno en 1873: «Aspiro, sobre todo, a dejar ileso mi honor. Mi rehabilitación política es lo que menos me preocupa. Han sido tantas mis amarguras en el poder, que no puedo codiciarlo. He perdido en el Gobierno mi tranquilidad, mi repo-

so, mis ilusiones, mi confianza en los hombres, que constituía el fondo de mi carácter. Por cada hombre leal he encontrado diez traidores; por cada hombre agradecido, cien ingratos; por cada hombre disinteresado y patriota, mil que no buscaban en la política sino la satisfacción de sus apetitos».

Como se ve, el Sr. Pi, que es un vigoroso orador, un pensador y filósofo profundo, un escritor de primera línea, un jurisconsulto eminente, un docto publicista, y más que todo y sobre todo, un carácter excelso, no es político, en la vulgar acepción de la palabra. Entre nuestros hombres públicos el que más se le asemeja,

guardadas proporciones, es el Dr. Francisco Eustaquio Alvarez. El Sr. Pi, empero, a pesar de su austeridad, ha enriquecido las letras castellanas con estudios literarios de subidísimo valor. Su inmensa cultura intelectual ha producido obras como *Las Nacionalidades*, que es uno de los pocos libros científicos españoles que campean con honra al lado de los de Bagehot y de Summer Maine en las bibliotecas de los pensadores.

Su incesante actividad mental no da vagar a su pluma; ora en pasmosa erudición rastrea los ignotos códigos de los indigetos o de los visigodos; ora en *Estudios sobre la Edad Media*, en páginas llenas de elo-

cuencia y de calor, ilumina las sombras y traza la interesante acción de las fuerzas convergentes que determinaron el carácter de los siglos malditos.

En estudios políticos, dignos de Macaulay, juzga con admirable imparcialidad el reinado de Amadeo; tan celoso de las verdaderas glorias de su patria como enemigo de las falsas, reivindica para Tirso toda la gloria de D. Juan, y muestra en el historiador Mariana al filósofo y al escritor de levantado carácter que «Católico, denunciaba abusos de la Iglesia; monárquico, defectos de los reyes; jesuita, vicios de su orden», digno por todos conceptos de la admiración de la posteridad y de su estatua en Talavera.

Tanto en la tribuna como en el periódico y en el libro, no aventura nada que no sea una convicción profunda, y sólo se apasiona por la verdad. Obligado a sostener sus ideas enfrente de enemigos declarados, se apoya siempre en pruebas, en documentos; esa gran fuerza moral, inmediata, es lo que constituye el nervio de su estilo, siempre sobrio, pues él

no se entretiene en adornar lo que debe presentarse desnudo.

Sus enemigos—y un hombre como él no podía menos de tenerlos, y muy enconados—le acusan de soñador, de fanático, de querer modelar la sociedad «al absurdo de sus sombríos y funestos delirios»; para ellos Pi es un Robespierre inocente de sangre humana. El, con su inquebrantable serenidad, y como única respuesta, muestra dos pueblos y dos constituciones, realización espléndida de sus sueños «absurdos» de República y de federalismo, Suiza y los Estados Unidos.

No ha habido, eso sí, quien se haya atrevido a poner en duda su sinceridad ni su honradez. En lo íntimo tiene un rasgo que recuerda ciertamente la faz más noble de aquel trágico carácter con quien se le compara, Robespierre. Cuando tenía en sus manos la suerte de su patria; cuando el país, por más que aborreciera la Dictadura, le pedía que fuese Dictador; cuando podía con una simple orden disponer de los Tesoros públicos, vivía en modestísimo alojamiento, que pagaba de su bolsillo particular; en los momentos en que su palabra hacía temblar los monarquistas, y relampagueaba su elocuencia con el fuego de la revolución, los federales le buscaban como su jefe, para tributarle una ovación, y no pudieron hallarle. Se había refugiado, como Robespierre en casa del carpintero Duplay, en casa de un sastre antiguo amigo suyo. ¿Iría allí a evocar también la sombra de Juan Jacobo?

Retirado del poder, siguió viviendo su vida de honrada estrechez, sin aceptar nunca el sueldo que en España tienen los que han sido Ministros, ni pedir ni aceptar nunca los votos de sus amigos para los puestos de elección.

Filósofo de la virtud, verdadero discípulo de Marco Aurelio y de Epicteto, sabe reinar sobre sí mismo, y vivir libre; él comprende que, como dijo el sabio, «la grandeza moral está compuesta de las bajezas y de los ultrajes a los cuales sabe sobreponerse».

Durante su Presidencia se le acusó, no sin cierta razón, de tímido y vacilante, de lento en los instantes en que la acción era más necesaria, en que un rasgo de salvadora energía podía consolidar la República. Cuando el país arde y los enemigos de la libertad apellidan la guerra, él diserta sobre principios abstractos, o inaugura Clubs para la propaganda de las ideas republicanas y federalistas que han de educar a las generaciones del porvenir. Cuando la onda embravecida se le viene encima y sepulta en inmenso naufragio la endeble fábrica de las libertades españolas, él, firme en

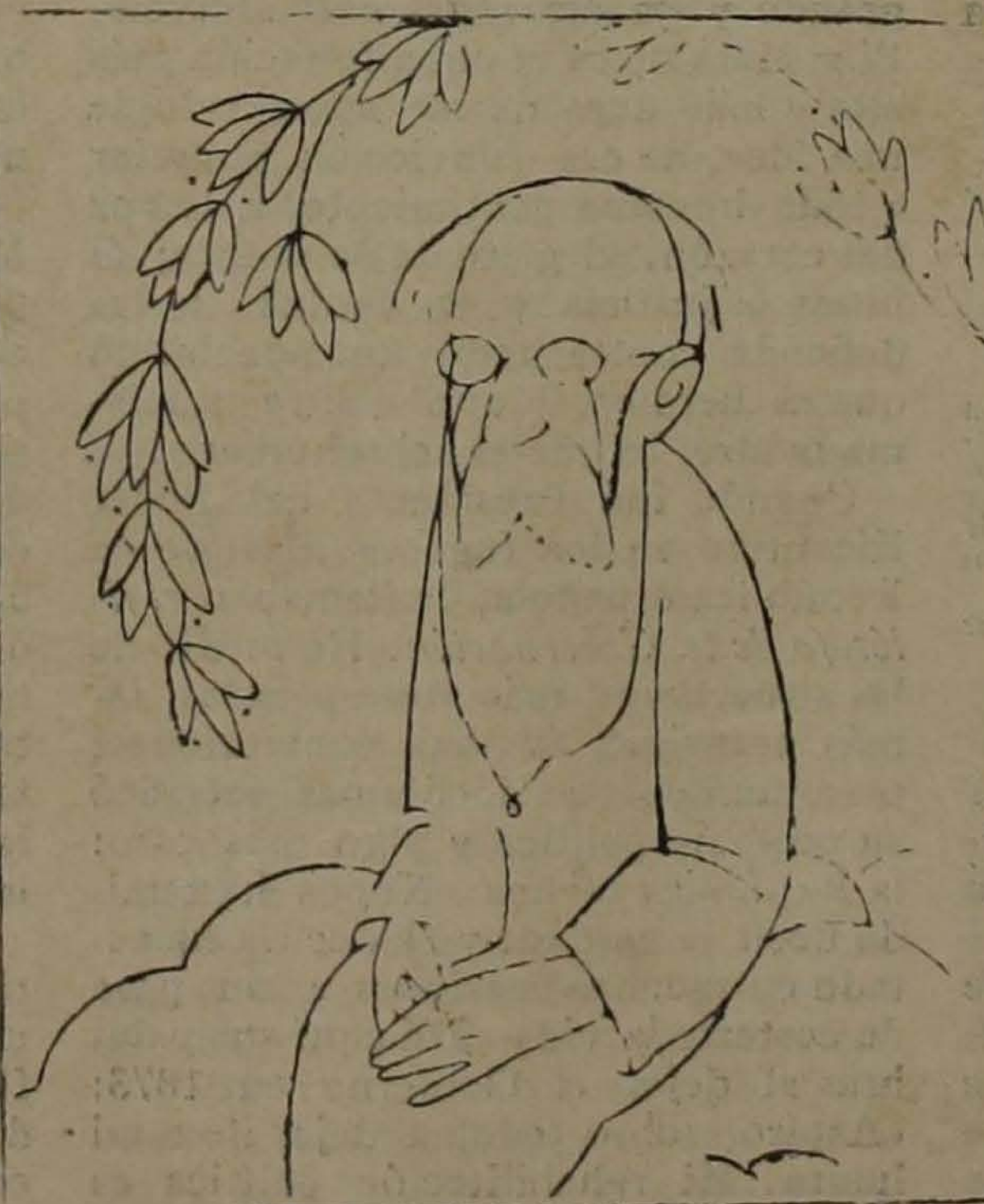
su convicción del triunfo definitivo de sus principios en el tiempo, se envuelve en su manto y espera...

Pi es hoy extranjero entre los suyos, proscrito en su propia patria; nada mejor para su gloria ni para los altos intereses de la doctrina de que es apóstol y mártir. Cuando los perseguidos por César pidieron gracia, anadaron el principio de su partido y legitimaron, por decirlo así, la usurpación del vencedor.

Es preciso que haya grandes solitarios que, alejados de las corrientes impuras, altivos, incommovibles—protestas vivientes—mantengan incólume la tradición de la justicia.

Por lo demás, en vano se buscarían en la severa figura del gran republicano español esos rasgos brillantes que fascinan a las multitudes. Su vida conmueve a los espíritus comprensivos; su carácter es de esos que pueden abrir un nuevo horizonte a la razón, pero que no lograrían inflamar la imaginación.

Rafael Sancio, en su famoso cuadro *La Escuela de Atenas*, sintetizó de manera admirable el carácter supremo de la filosofía antigua. Bañados por la diáfana luz de una aurora, las sienas orladas de nimbo de gloria, los platónicos, en grupo numeroso y ledos, se extasían en la concepción de la escala luminosa de ideas que va hasta la idea primera, hasta Dios; en sus miradas irradia el alma universal, de la cual brota el alma humana «como la chispa brota de la llama», aquello es una apoteosis. En el opuesto lado, casi entre sombras, solitaria y grande, aparece una figura única: Aristóteles.



PI Y MARGALL.—Menos admiradores y más imitadores.

(El Sol, Madrid).

Nunca se ha representado mejor la austeridad de la razón.

El señor Pi y Margall en el cuadro de los caracteres contemporáneos está solo, en la severa penumbra en que el gran pintor coloca a Aristóteles.

CARLOS ARTURO TORRES.

1898.

(Estudios ingleses, Estudios varios, Madrid).

### La memoria de mi padre don Francisco Pi y Margall

Defiriendo a nuestro ruego, don Joaquín Pi y Arsuaga, hijo del insigne Pi y Margall, nos ha enviado las siguientes cuartillas:

#### Recordación

QUÉ hacer el día que se conmemora el centenario del natalicio de nuestro amado padre sino asociar nuestro íntimo sentir al público homenaje que se le tributa? Si la nación siente orgullo de haberle tenido por hijo, nosotros lo sentimos por haber sido nuestro padre amantísimo, que supo prodigarnos todos los beneficios de la paternidad, sin ninguno de sus rigores.

De niños nos colmó de caricias, y siempre se preocupó de nuestra educación y de nuestra cultura. Allá, en la emigración, en París, donde hubo de sufrir escasez y las contrariedades propias a buscar nuevos elementos de vida, parece como que no quiso que de ello nos apercibiéramos, y se esforzaba por enseñarnos la ciudad, sus paseos, sus jardines, sus museos, los lugares de recreo infantiles, mientras quién sabe dónde volaría su pensamiento. A ratos, a modo de juego, aprovechando los momentos en que era posible fijar nuestra atención, sin llevarla a la fatiga, nos enseñaba el alfabeto.

Como ejemplo de la dulzura de su carácter, recordamos que un día, en su ausencia, nos entretuvimos en echar papeles a la lumbre y recrearnos viendo serpentear las llamas y volar las pavesas; tarde se dió cuenta nuestra buena madre del perjuicio que acabábamos de ocasionar y nos anunció severo castigo—los papeles quemados eran nada menos que los recortes que habían de servirle para escribir una correspondencia para *El Siglo*, de Montevideo.—Llegó la hora temida, que regresó de sus ocupaciones, se enteró de lo ocurrido y se dirigió a mí diciendo: «¡Tunante, que no vuelvas a tocar mis papeles!», y salió en busca de periódicos con qué reponer los materiales de trabajo destruidos, no sin antes darnos un beso.

Nuestras enfermedades le producían grande pesadumbre. Había per-

dido dos hijos de tierna edad, y no los olvidó nunca: aprovechaba toda ocasión propicia para recordar sus bellas cualidades, la travesura del uno y la docilidad del otro; a su muerte, encontramos sentidísimas cuartillas dedicadas a sus dos malogrados hijitos, en las que declara que al cabo de treinta años no pudo todavía cerrar de noche los ojos sin consagrar un recuerdo a los dos niños.

Tenía verdadera vocación a la enseñanza, a la que desde muy joven se había dedicado, dando lecciones a sus condiscípulos, y como fuese tan grande el caudal de sus conocimientos, no había cosa de que no dedujera una provechosísima lección. Era muy aficionado a dar largos paseos, y en el campo nos hacía apreciar las diferencias entre árbol, arbusto y planta herbácea, entre pino y chopo, flor y fruto; nos mostraba las propiedades de la tierra, las distintas clases de piedra, la proyección de las sombras según el estado de la Tierra con relación al Sol. De noche, nos enseñaba cómo la agrupación de estrellas constituía constelaciones. Las estatuas de las plazas públicas, Calles como la de Cervantes, Lope de Vega, Don Ramón de la Cruz, Goya, Velázquez, Claudio Coello, daban lugar a que recordara ligeras noticias biográficas de tan esclarecidos varones, y luego las completara mostrándonos copias de sus cuadros o leyéndonos una novela, una comedia, un sainete o una poesía, con una entonación que nos encantaba. Por desgracia, ni los paseos ni las veladas podían repetirse sino los jueves y los domingos, ya que sobre él pesaban múltiples ocupaciones.

Cuando hubimos de dedicarnos a estudios superiores puso gran empeño en que conociésemos la gramática castellana, la tierra en que vivimos, la historia de nuestros antepasados, y porque aprendiésemos a conciencia el latín, convencido de la dificultad de encontrar un idioma universal que borrara la barrera que las lenguas oponen a la común inteligencia de los hombres, por si podía ser la lengua universal de las ciencias y permitir la rápida difusión de los conocimientos humanos. Insistió, por último, en que oyésemos respetuosamente a nuestros profesores, pero sin aceptar desde luego sus teorías sino después de someterlas a meditado razonamiento, y francamente las rechazásemos si a nuestra razón repugnaban. Le complacía que hiciésemos objeciones a sus escritos: señal de que sobre ellos habíamos meditado y puesto nuestra razón en ejercicio.

Bien merece que a culto hayamos sus hijos elevado el amor que en vida le profesamos.

(La Vos, Madrid).

Don Joaquín Pi y Arsuaga ha tenido la atención de responder a nuestro requerimiento, dedicando un artículo a la memoria de su ilustre padre.

He aquí el interesante trabajo del Sr. Pi y Arsuaga:

SIN otro título que el de ciudadanos, habríamos contribuído, ignorados, al homenaje que se tributa a la memoria de nuestro amado padre; a sabiendas, como hijos, nos invita a colaborar *El Sol*, y en la medida de nuestras posibilidades lo hacemos. Todo el mundo goza de libertad para juzgar a Pi y Margall como literato, como historiador, como filósofo, como político; nuestra esfera de acción es muy limitada, que los juicios de los hijos respecto a los padres carecen de autoridad, y no deben hacérselos; y a aportar datos a los biógrafos que de él hayan de escribir debemos concretarnos, procurando evitar posibles errores sobre su carácter entre quienes no le conocieron personalmente y han de juzgarle sólo por la energía que hubo de desplegar en actos de gobierno, o en largos años de oposición contra una tiranía que sublevaba su conciencia.

No se consagró a la política con miras al disfrute del Poder. Proclamó la soberanía del hombre, y de ella lógicamente dedujo la República por forma de gobierno de los pueblos y la federación por sistema; y no lo aprendió de Proudhon, como erróneamente se ha dicho, que mantuvo ya estas ideas, en 1854, en su obra *La Reacción y la Revolución*, y no dió a luz Proudhon su *Principio federativo* hasta 1859, con motivo de la guerra austro-italiana y el Tratado de Villafranca. Formado ya su criterio, se adhirió al partido democrático, considerando que la política es un deber, pues todos los hombres venimos obligados a colaborar en la obra de la civilización y el progreso de la humanidad.

A la propaganda de estos ideales consagró su vida, procurando inculcarlos en el corazón y en el entendimiento de sus conciudadanos, que quien por la República y la federación se decidiese, quería que de su bondad estuviera convencido. No nos dijo a nosotros mismos que como él pensáramos: nos dedicó *Las Nacionalidades*, diciendo: *para que las leas y estudies*, no como pauta de nuestra conducta política; le regocijaba que, aún muy jóvenes y faltos de la cultura necesaria para apreciar su pensamiento, le hiciéramos objeciones, y, como si se tratara de cualquier correligionario, desvanecía nuestras dudas.

Tanto quería infiltrar el sentimiento democrático en el pueblo, que, por los años 1853 o 54, estableció una escuela nocturna para adultos, en un caserón de la calle de Preciados. El profesorado estaba constituído por caracteri-

zados demócratas, jornaleros eran en su mayoría los discípulos, allí se enseñaba a leer y escribir y se daban lecciones de Derecho natural. Intrigó a la Policía aquel centro de enseñanza, y, para mejor vigilarlo, solicitó que en él fuesen admitidos como alumnos algunos guardias, solicitud que fué inmediatamente atendida. Con hacer manifiestos progresos de cultura aquellos agentes de la autoridad, entendió la Policía, y no iba muy descaminada, que no era puramente pedagógico el fin de aquel centro, que allí se conspiraba, y ordenó su clausura, que tanto podía hacerse en aquellos abominables tiempos reaccionarios. Privado de la escuela, dió lecciones de Derecho natural y de economía en su domicilio.

Contribuyó como el que más por este y otros medios, el libro, el folleto, la prensa, la tribuna, a la difusión de los principios democráticos y la federación. En nuestra efímera República adquirió el convencimiento de que el principio no estaba sino vagamente comprendido, y lo concretó en *Las Nacionalidades*, y emprendió una activa propaganda, por la que dió al partido federal sólida organización; pero andando el tiempo, unos correligionarios murieron, más o menos claudicaron otros, la organización del partido se debilitó, vio que le iba faltando el vigor para recorrer las provincias, y fundó *El Nuevo Régimen*, desde cuyas columnas, personalmente, difundió sus ideas hasta horas antes de morir. Casi todo el periódico escribió durante el primer año de su publicación, pues apenas consintió que en su obra colaborasen más que un par de reputadas firmas; ampulosos, llenos de hojarasca, faltos de fondo encontraba la generalidad de los artículos que cariñosos amigos, pero medianos escritores, le enviaban: la propaganda de las ideas, decía, requiere que se las exponga con suma claridad, de modo que se las ponga al alcance de todas las inteligencias. Sentía, sin embargo, desairar constantemente a cuantos con sus escritos trataban de ayudarle, y algunos llegó a publicar, pero tan corregidos, que era difícil que sus autores los conociesen. Decidió reunirlos semanalmente, hacerles ver los defectos en que incurrieran y las torcidas interpretaciones a que con ellos daban lugar, les leía trozos de los mejores autores, sobre todo de Cervantes, que viniesen al caso, y consiguió así tener unos colaboradores aceptables. Uno de éstos, que pudiéramos decir sus discípulos de literatura, no aprovechó las lecciones y siguió escribiendo tan mal como antes de recibirlas; era hombre maduro, de inmejorable carácter, culto, que aun había hablado en el Parlamento con la misma oscuridad con que escribía, y que, a pesar de

todos los pesares, continuó mandándole sus artículos; por no dejarle mal entre los compañeros, de cuando en cuando le publicaba alguno, no ya corregido, sino por él hecho de nuevo. Con que se escribiese mal no transigía.

Fué infatigable para la enseñanza y la propaganda de sus principios, y tan generoso, que habría querido transmitir íntegro el caudal de sus conocimientos a todo el mundo. Nos merece y le guardamos eterna gratitud.

JOAQUÍN PI Y ARSUAGA

(*El Sol*, Madrid).

### Dos momentos en la vida pura de Pi y Margall

Gustaba Pi y Margall de la juventud. Trataba con amabilidad paternal a los jóvenes federales y paternalmente también les disculpaba ligerezas y les perdonaba botaratas. La juventud predicaba el Alcorán, que dijo Castelar, por provincias, y el maestro les daba cartas concisas, elegantes, galanas, para que las leyera los jóvenes propagandistas. Notables son esas epístolas. Juzguen por este párrafo, primero de una carta a la Juventud Federal de Barcelona:

«Grandes esperanzas me infunde la juventud. Bien venidos seais al palenque de la política, ya que lleváis la mejor de las armas, el entusiasmo. No es nada fácil la tarea que emprendéis como queráis llenarla cumplidamente. Quedan muchas constituciones que demoler, muchos males que remediar, muchos esclavos que redimir».

Y seguía tronando contra el fanatismo, la centralización y la holganza, y abogando por la democracia, la libertad de pensamiento y el trabajo. No quiero dejar de copiar el final de esa hermosa carta:

«Tal vez no falte quien os diga que debéis velar las ideas. No lo creáis; presentadlas tersas y claras como la luz del día: agudas y penetrantes como las espadas. No para herir a los hombres, sí para herir y hacer trizas cuanto ataje las corrientes del progreso.»

A primeros de 1901 va de nuevo y por última vez a Barcelona, donde actuó de mantenedor y presidente de los Juegos Florales. El discurso de Pi, dicho en castellano, fué notabilísimo. Lo terminó con estas frases:

«Hay una patria para todos los hombres, la tierra; hay una patria que nos han hecho siglos de comunes venturas y desventuras, la nación; hay una patria constituida por la común lengua, las comunes leyes y los

comunes usos y costumbres, la región; la región en que nacimos y tenemos los sepulcros de nuestros padres. Seamos catalanes, españoles, hombres».

El 16 de noviembre de 1901 dió una conferencia en la Unión escolar. Fué su último discurso. Lo empezó así:

«Queridos escolares: Con grau satisfacción me encuentro entre vosotros. Vosotros sois los hombres de lo porvenir; yo, un hombre de lo pasado. Conveniente es que lo pasado y lo por venir se vean y se entiendan».

Lo remató con estos consejos:

«Conservad en todo la independencia de vuestro espíritu. Sed respetuosos para con vuestros maestros y con los autores de vuestros libros de enseñanza; pero no juréis nunca sobre la palabra del escritor ni el maestro. Debéis leer a los unos y oír a los otros, examinando si las ideas que os dan son conformes a vuestro pensamiento y a vuestra conciencia. Si no lo son, debéis respetarlas. Y no os espante veros solos en vuestra opinión; en todas las grandes crisis de la historia, un hombre solo ha tenido razón contra toda la Humanidad. La independencia del espíritu: esto es lo que he venido a aconsejaros».

Trece días sobrevivió a esa conferencia, que no se puede leer sin honda emoción. Los estudiantes acompañaron a Pi y Margall hasta su casa, calle del Conde de Aranda. Un enfriamiento, al que al principio no se dió importancia, lo metió en el lecho. Desde él dictó a su hijo Joaquín el texto del discurso de la Unión Escolar, y a su yerno D. Ángel de la Guardia, un artículo sobre los debates sostenidos en el Congreso acerca del regionalismo. No se levantó ya. El día 29 de noviembre de 1901 falleció, a la edad de setenta y siete años y siete meses.

Un historiador habla así del venerable D. Francisco:

«Era — dice — jurisconsulto ilustre, orador y literato admirable, político sincero y consecuente; uno de los hombres más cultos y seguramente el más justo, virtuoso y desinteresado de su época».

Los periodistas debemos conmemorar el centenario del periodista eminente de *La Discusión* y de *El Nuevo Régimen*; los abogados deben al gran jurisconsulto un homenaje; los obreros organizados tienen el deber de recordar al precursor, y los literatos y los filósofos y cuantos rindan culto a la belleza y a la razón han de recordar con respeto y amor al que escribió *Las luchas de nuestros días*.

ROBERTO CASTROVIDO

(*La Voz*, Madrid).

## A propósito de Rubén Darío

Guayaquil, 15 de marzo de 1924

Señor Don Hugo D. Barbagelata,  
redactor en jefe de *L'Amérique Latine*, París.

Muy distinguido señor:

En un número de *l'Amérique Latine*, con motivo de unos versos atribuidos a Rubén Darío por *Excelsior*, diario de Tegucigalpa, y que son del fabulista García-Goyena, se dice que este poeta era guatemalteco. ¡Error! exclamaré a mi vez. ¿Quiere Ud. permitirme que haga saber a los lectores del interesante y ameno periódico, a cuyo frente se halla tan ilustrado como hábil Redactor en Jefe, que el Ecuador reclama la gloria de ser la patria de García-Goyena?

En 1766 nació en Guayaquil el célebre fabulista Rafael García-Goyena. Desde temprana edad fué llevado a Guatemala donde se educó y prestó sus servicios profesionales. Allí recibió la investidura de Doctor en Jurisprudencia, en 1804. Era Licenciado en Derecho desde el año 1791. Falleció el 9 de noviembre de 1823 en Guatemala donde había publicado los dos tomos de fábulas que le han merecido ser llamado el «Iriarte americano». Uno de ellos fué editado en París, el año 1836, en la librería de Rosa. Contiene 214 páginas.

Una de las calles de Guayaquil ostenta el nombre ilustre de Rafael García-Goyena.

Aprovecho esta oportunidad de suscribirme de Ud. sincero admirador, atento y S. S.

VÍCTOR M. RENDON

Así se escribe y así se aclaran cortesmente las cosas.

(*L'Amérique Latine*, París).



# El confinamiento de Unamuno

## Algunos documentos más

### La marcha al destierro

Esta tarde, nevada la ciudad, blanca y pura como la vida excelsa del maestro insigne, salió de Salamanca el deportado. El maestro, alta la frente, entero, inalterable, con paso firme, ha entrado en el andén de la estación seguido de tres de sus hijos. La multitud apiñada, descubierta, solemne, ha prorumpido en un viva entusiasta, que el eco repetía sonoro y definitivo, al mismo tiempo que el maestro se descubría y estallaba la más grande ovación—una ovación de veinte minutos—que hemos oído.

Apenas circuló la noticia de la marcha de don Miguel. Pero la ciudad se enteró, y hasta el momento de arrancar el tren, no cesó de afluir gente a dar al hombre insigne el cordial adiós de despedida. Treinta y tres años de vida en Salamanca, de una vida civil y ejemplar, pasada bajo este sol que dora las piedras de la Escuela gloriosa, en la que el maestro, día por día, sin faltar ni uno solo a su deber, ha desgarrado sus lecciones en la cátedra severa y de traza conventual... Ayer mismo, antes de partir para su destierro, el maestro dió la lección a sus discípulos, y, al terminar, les dijo: «Para el día próximo, la lección siguiente».

Los alumnos, emocionados, vieron cómo el maestro, ejemplo de fortaleza, se sobreponía al dolor de todos y cómo serena y tranquilamente decía unas palabras de despedida y les recomendaba el sagrado cultivo de la inteligencia... Invadieron su clase otros escolares y los catedráticos. Y el profesor salió de la Escuela, fué a su casa, tomó un cabás y marchó al tren...

Llegó don Miguel de Unamuno al andén de la estación. La muchedumbre desfiló ante él. Pero era imposible que todos pudieran estrechar su mano. Y entonces, una voz se oyó: «¡Descubrirse todos! ¡Un momento de silencio!» Y a los pocos segundos la multitud rompió en aplausos y en vítores... ¡Oh, las caras de los catedráticos, de los obreros, de los estudiantes, de los vecinos tranquilos de la ciudad! Por muchas de ellas corrían lágrimas de emoción. Un fogonero, tiznado, con su traje azul, pleno de emoción y de amor al maestro, vino de su máquina; abrazó a don Miguel y lloró. El fogonero, hombre formidable, corpulento, con rizos de plata que le caían sobre la frente, se alejó con los puños en alto, gritando: «¡Viva el hombre honrado!»

Luego fué un catedrático quien besó a don Miguel; después un estudiante, luego un muchacho y más tarde sus hijos, que tenían, como don Miguel, más entereza que todos los que allí estábamos.

Habló el maestro desde la ventanilla del coche, sin el más leve balbuceo, firme, sugestionador, bello, valiente... «A ver si vuelvo pronto trayendo, no mi libertad, que esa nada importa, sino la de vosotros...» El momento fué de una emoción indescriptible. Ya no gritaba la gente: rugía; rugía el pecho de todos, y se rompían las manos en fuerza de aplaudir. «¡Viva la Salamanca de Unamuno!»—gritó una voz, que fué replicada por otra:—«¡Viva la España del maestro...» Y así hasta que el tren, perezoso y doliente, chirriante y cansino, comenzó a alejarse... En el espacio se agitaban los sombreros, las gorras, las blusas obreras, el pañuelo de cabeza de una mujer del pueblo. Don Miguel nos decía ¡adiós! con las manos... El tren se perdió, sobre la manta de nieve, por entre los altozanos de la Armiña...

Con don Miguel iba el cerebro y el corazón de Salamanca.

JOSÉ SÁNCHEZ GÓMEZ

Salamanca, 21-II-1924.

(España Nueva, Madrid).

El decano de la Facultad de Ciencias Jurídicas y Sociales de la Universidad Nacional de La Plata, doctor Alfredo L. Palacios, ha recibido las siguientes notas de los profesores de las Universidades de Salamanca y Granada:

«27—2—1924

Sr. D. Alfredo L. Palacios

Buenos Aires

Distinguido señor nuestro: Como compañeros y amigos de D. Miguel de Unamuno, y como españoles que no nos podemos solidarizar con los tristes derroteros que sigue en la actualidad la gobernación de nuestro país, en manos de los más incapaces y corrompidos, sentimos la necesidad de felicitarle a usted muy vivamente y hacerle presente nuestro profundo agradecimiento por su ardorosa campaña de adhesión a aquel maestro ilustre que representa lo mejor y más noble de nuestro pueblo.

En esta hora sombría de persecuciones dictatoriales en que, dentro de la patria, se ahogan brutalmente todas las voces de protesta y rebeldía y se reprime como un delito cuanto signifique solidaridad con nuestro egregio

compañero sojuzgado e infamado, tenemos que confiar en que los intelectuales del mundo entero, y sobre todo los de las naciones españolas de América, hagan oír su grito clamoroso de condenación a través de estas tinieblas de plomo que entierran al maestro.

La causa es universal: es la causa de la libertad, del espíritu y del Derecho.

A las nobles juventudes americanas y a sus dignos maestros, a los que nos ligan tantos lazos de gratitud y fraternidad, un saludo cordial y respetuoso, y para usted, ilustre compañero, nuestra estimación más profunda.

W. ROCOS

ENRIQUE RODRÍGUEZ MATA

A. FRÍAS.

Honorable Sr. Dr. L. Palacios, Decano de la Facultad de Derecho en la Universidad de Buenos Aires.

Ilustre colega: He leído con emoción vivísima la noble protesta formulada por usted contra el acto safo y arbitrario de este desventurado Jefe de Gobierno que nuestra amada España padece. Veo, como esa su protesta ha nacido al calor de la emoción humana de que se alimenta la disciplina que profesamos. Sí, ilustre colega, los Derechos de la inteligencia al igual de los demás estatutos jurídicos de las minorías, hallan su eficacia máxima en la solidaridad intelectual de los hombres que ponen su desvelo, en hacer de la defensa de la personalidad el común divisor de sus idearios.

Los términos de su protesta coinciden con los someramente indicados por mí en la conferencia telegráfica que remití al Jefe del Gobierno al tener noticia del atentado contra el Ateneo y contra el admirado Don Miguel. Esa conferencia, que a título de curiosidad se la incluyo, ha determinado mi procesamiento; esto no me conturba porque hay una tradición gloriosa en mi familia: fué lo que aconteció a mi inolvidable tío y maestro D. Francisco Giner de los Ríos.

Me permito enviarle en paquete certificado algunos de mis trabajos; acéptelos Sr. Decano como testimonio de mi homenaje cordial.

Tendrá un honor en cultivar su relación personal su S. S.

FERNANDO DE LOS RÍOS

Granada, 24 de marzo de 1924

La conferencia telegráfica a que se refiere Fernando de los Ríos en su carta transcrita, fué la siguiente:

Granada, 21, febrero

Presidente Directorio Militar, Gral. Primo de Rivera.

Sin extrañeza, pero con amargura, leo la resolución del Directorio contra

el Ateneo, y el acto arbitrario realizado en la personalidad gloriosa de D. Miguel de Unamuno. Como Presidente de la Sección de Ciencias Morales y Políticas del Ateneo de Madrid, solidarizome de modo absoluto con la conducta de dicho Centro al no recatar a la discusión pública problemas políticos actuales no obstante conminaciones autoridades. En cuanto catedrático, protesto, porque se sustrae a la Universidad el conocer de la exactitud o inexactitud de las faltas de asistencia que se imputan al Sr. Unamuno, de igual modo que se niega a tribunales de justicia discernir si hay o no motivos de sanción en las otras razones que se aducen para justificar la medida que se adopta. El poder puede impedir el ejercicio de los derechos que son patrimonio universal de los pueblos cultos, pero jamás conseguirá acallar la protesta contra ese su proceder mientras se mantenga viva la conciencia de la dignidad de la persona.

FERNANDO DE LOS RÍOS

Romain Rolland ha publicado la siguiente alocución que firman con él un grupo de ilustres escritores y profesores:

*Poetas:* RAUL AUERNHEIMER, LEONARD FRANCK, MÁXIMO GORKI, HUGO VON HOFMANNSTHAL, ARNO HOLZ, HANZ MÜLLER, ROBERT MÜLLER, ARTURO SCHNITZLER, FRANZ WERFEL, STEFEN ZWEIG.

*Profesores:* ALBERT EINSTEIN, SIGMUND FREUD, CARL GRÜNBER, DR. JULIUS TANDLER, RICHARD METTSTEIN, ALFREDO L. PALACIOS, Decano de la Facultad de Ciencias Jurídicas y Sociales de la Universidad de La Plata, HONORIO DELGADO, de la Universidad Mayor de San Marcos (Lima), DR. ALFREDO ADLER, fundador de la escuela psicológica individual, RODOLFO GOLDSCHIED, DR. FRIEDRICH HERTZ, del Ministerio de Relaciones exteriores, DR. WILHELM KIENZI, compositor, ALMA MARÍA MAHLER, esposa del compositor fallecido, ALEXANDER MOISSI, el actor más renombrado del teatro alemán, ROBERT MUSIL, ISO BRANTE SCHWEIDE, DR. ADOLF WETTER, presidente del teatro del Estado, DR. EDMUND WENCRAF, presidente de la asociación de escritores «Concordia».

No sin protesta vehemente permitiremos que se consuma la indignidad de que acaba de hacerse culpable el Directorio militar de España deportando a Miguel de Unamuno.

Miguel de Unamuno es la más alta gloria, no solamente de España, sino de todos los países de lengua ibérica. Es una irrisión vergonzosa ver a un gobierno que se dice patriota, despo-

jar a la patria del más preciado florón de su diadema; y es lamentable que un rey, que tiene el sentimiento de la grandeza de su raza, se preste a esta abdicación.

Miguel de Unamuno es un héroe del espíritu, el pensador trágico y apasionado que *por primera vez* después de los desastres de la guerra hispano-americana ha levantado su pueblo a los ojos del mundo, ha despertado el genio de España y ha obligado a sus hermanas latinas, Francia e Italia, a inclinarse ante su prestigio.

Desde hace ya treinta años, su Quijotismo heroico rompe lanzas contra todas las injusticias y bajezas sociales. Su luz ardiente y sombría desgarró las pesadas tinieblas en que se ahoga el pueblo español. El es el último caballero de la tierra caballeresca. Su ingrato rey acaba de proscribirlo. Que lo juzgue el Mundo.

Nosotros, heraldos del pensamiento de Europa, clamamos nuestra indignación.

(Nosotros, Buenos Aires).

## El guaraní encierra al Paraguay entero

Buenos Aires, setiembre 25 de 1923.

Doctor don Tomas Osuna,  
Presidente del Centro Cultura Guaraní.  
Asunción del Paraguay.

ME es grato acusar recibo, con un retardo que su benevolencia sabrá dispensar, a su nota que me llegó en su oportunidad.

Al aceptar el honor que se me confiere, designándome socio correspondiente del Centro Cultura Guaraní, aplaudo el elevado móvil que dió vida a la nueva entidad y prometo contribuir, dentro de mi modesta esfera, a la realización de sus propósitos.

Es de Emerson la observación de que todos somos místicos de la Patria. Aun el ácrata descreído, agregaba el filósofo, no mira sin emocionarse la enseña de su país tremolada en remotas latitudes.

Tengo para mí que el guaraní, la lengua familiar del Paraguay, lleva en sus entrañas el mismo simbolismo de nuestra bandera. Ese tricolor que cobijó tantas veces, bajo su sombra breve y trémula, a las multitudes nativas en su hora de ansiedad o de alegría, ha adquirido el augusto significado de las cosas asociadas a los grandes sucesos humanos. Por un proceso parecido, vino a ser el guaraní una especie de tatuaje colectivo, la marca de la nacionalidad, la bandera hecha verbo o trasunto musical del ánimo patria. Con la plasticidad característica de las lenguas primitivas, el guaraní da maravillosamente la visión de la tierra autóctona. Sus vocablos no han perdido todavía la cualidad poética de su origen. Traduciéndolos literalmente a una lengua culta, se logran imágenes de una belleza sorprendente. El viento es «aliento de la tierra», las estrellas errantes «voladores fuegos de la luna», y el sabio «aquel que escucha las voces de los tiempos». Cada palabra es una imagen y cada imagen

está tomada de la naturaleza viva, fuente y soñadora del solar paraguayo. No es pues aventurado afirmar que el guaraní encierra al Paraguay entero, con sus magníficas mañanas, sus tardes de azul y oro, sus vagas melancolías y las pasiones armoniosas, a ratos explosivas, de sus hijos.

¡Y qué lengua rica en ironías! Es difícil encontrar otra en la que se pueda articular sonrisas más incisivas frente a las flaquezas de los hombres. La altiva raza que la hablaba poseyó sin duda un agudísimo sentido del ridículo; no se explica de otro modo semejante capacidad para la sátira. Hasta hoy, el paraguayo de los campos sin escuela y analfabeto, cuando se presenta la ocasión se burla con una finura encantadora del letrado más o menos pretencioso de las ciudades.

Suprimid esta lengua, y acaso sea muy otra nuestra historia. Un gobernador de la Colonia la consideraba ya, hace siglos, como vehículo de ideas subversivas y así explicaba los continuos disturbios de la Provincia. El hecho es que de antiguo ha venido burilando el alma de la nacionalidad, formándola a su imagen, hasta el punto de que un poeta moderno de la Francia, Paul Fort, haya llamado al Paraguay el país más americano de América.

Largo tiempo el guaraní sufrió la persecución oficial. Felizmente, ha sido más fuerte que los pedantescos dómicos que predicaron su destierro hasta del seno de los hogares. Su desaparición hubiera cegado una de las fuentes vivas de la nacionalidad. Y hoy, por reacción saludable contra los errores del pasado, se predica su cultivo. Han surgido ya creadores de belleza que en la vieja fabla nativa vacían sus emociones y dan forma a sus ensueños. Quiere decir que de hoy en adelante le está asegurado, sino su inmortalidad, por lo menos una vida más intensa y duradera, gracias al

floreamiento de una literatura guaraní. Parece mentira, pero es lo cierto que lo que mata a las lenguas es la falta de cultivo literario, la ausencia de escritores. Los idiomas se alimentan de las emociones de los poetas, del dolor fecundo de los artistas. En fin, de todas las lenguas observaréis una ausencia absoluta de escritores de valer.

Más allá del reflorecimiento del guaraní, que hoy se insinúa en mil formas diversas, creo ver un Paraguay más ilustre y más grande. Dije que el guaraní es el Paraguay simbolizado en voces poéticas. Y si el símbolo atrae y seduce cada vez más a los hijos de nuestra tierra, es porque la idea de

la patria, que está detrás, se ha purificado y se halla por revelarse en toda su realidad y su belleza, como una de las entidades sociales más características del planeta.

En tal labor, de indudable trascendencia, corresponderá al Centro Cultura Guaraní honrosísimo lugar.

Saludo al señor Presidente con mi alta consideración y estima.

NATALICIO GONZÁLEZ

S/c Florida 251.

(*El Liberal*, Asunción).

NOTICIA. — *Natalicio González es uno de los más brillantes escritores de la nueva generación del Paraguay.*

## POLITICA Y FILOSOFIA

# El segundo centenario de Kant

EN Koenigsberg, su ciudad natal, se ha celebrado estos días el segundo centenario del nacimiento de Immanuel Kant. La obra del gran filósofo alemán ha sido evocada bajo todos sus aspectos, en una larga serie de discursos, artículos y conferencias.

Harnack ha hablado de Kant como del filósofo siempre vivo, por el cual tiene forzosamente que pasar todo el que quiera penetrar en el problema del conocimiento; podrá, de tiempo en tiempo, variar la consigna de las diversas escuelas y oírse: «¡Más allá de Kant!», o «¡Sobre Kant, hacia una nueva filosofía!», o «¡Retocesos a las ideas prekantianas!»; pero nadie osará decir: «Ignoremos a Kant». El profesor Kuehnemann ha tratado su tema predilecto, los límites entre la filosofía y la literatura, al comparar Kant, el hombre de la conciencia lógica, con Herder, el adolescente que se entrega de lleno a la visión intuitiva. Si en Herder esta visión intuitiva apenas apuntase, alcanza, en cambio, en Goethe la misma elevación que la conciencia lógica de Kant. Falkenfeld ha analizado el estilo de Kant, llegando a la conclusión de que como estilista el filósofo de Koenigsberg aventaja a la mayoría de los filósofos contemporáneos en claridad y precisión. La dificultad en Kant—observa Falkenfeld—no está en el estilo, que lejos de ser seco o pesado es movido, sino en el tema. Sorprendido a veces de sus propios descubrimientos, Kant se ve obligado a repetirse, a comunicar al lector dos o tres veces su pensamiento.

Como era natural, el Gobierno alemán ha tomado oficialmente parte en el homenaje nacional en honor de Kant. No deja, sin embargo, de tener

su ironía el que se encomendara su representación al vicescanciller doctor Jarres, el ministro más reaccionario del actual Gabinete. Kant, que en su tiempo mostró un gran interés por la política, merecía ciertamente otro glorificador más conforme a su tendencia y su espíritu. Porque Kant fué un gran liberal y un gran pacifista. La declaración de independencia de América le llenó de júbilo; su corazón estuvo de lado de la Revolución francesa, mientras la mayoría de los intelectuales alemanes de su época, unos por pedantería académica y otros por sentimentalismo, volvíanla la espalda. Odiaba la guerra, y su ensayo sobre *La paz eterna* constituye un prólogo admirable, aunque todavía no puesto en práctica, al pacifismo moderno.

Su liberalismo político es tanto más de admirar cuando se tiene en cuenta el ambiente en que Kant vivió. Incluso bajo Federico II, a quien hoy los ultranacionalistas alemanes enalzan como monarca modelo, era Prusia «el país más esclavo del mundo»—según la conocida frase de Lessing—. Súbdito de cuatro reyes de Prusia, Kant no recibió de ellos aliento o protección. Sólo en la era de Zedlitz mientras éste fué ministro de Federico el Grande, encontró Kant un cierto apoyo en la corte. Pero con la caída de Zedlitz y la subida al trono de Federico Guillermo II comienza la persecución de Kant. El 1º de octubre de 1872 el ministro de Federico Guillermo, Wöllner, dirigió a Kant, en nombre del Rey, comunicándole el desagrado con que el Monarca había visto cómo desde una cátedra «se atentaba contra las principales enseñanzas de las Sagradas Escrituras». Wöllner fué durante mucho tiempo el jefe de

la agitación oficial y palatina antikaniana. En Palacio preferíase a la filosofía de Kant la charlatanería de Cagliostro.

De Kant parten las dos grandes corrientes espirituales—sobre Fichte a Lassalle, sobre Hegel a Marx—en que se basa más tarde ideológicamente el socialismo. Aparte de su importancia filosófica, Kant es, pues, uno de los grandes faros de libertad que proyectan su foco alentador hacia un mundo más justo. Pero la tragedia del intelectualismo moderno, envenenado por un estético afán de originalidad, ha querido que en muchos sitios los que un día fueron exaltados kantianos terminaran en «filósofos de la dictadura» y admiradores literarios del régimen de fuerza.

JULIO ALVAREZ DEL VAYO

(*El Sol*, Madrid).

## Dos miligramos de arsénico...

(Viene de la página 199).

conocimientos actuales de la ciencia; pero nadie puede afirmar que en lo futuro no surgirán nuevos descubrimientos y mayores precisiones que echen abajo las verdades de hoy. Que un inocente sea condenado por la falsa imputación de un enemigo parece menos trágico e inexorable que ser condenado por la misma ciencia, que es la verdad misma. El testigo falso puede arrepentirse un día y confesar su maldad. Pero ¡qué no hace falta para que la ciencia se desmienta! ¿Qué hubiera sido de Danval si, después de su condena, los fisiólogos no hubiesen descubierto la función de esos órganos que antes se creían inútiles, las glándulas de secreción interna, y los médicos no hubiesen observado en la clínica sus enfermedades? Pero, probablemente, el farmacéutico Danval no hubiera sido condenado si los jueces, en vez de desembarazarse de su función, acogiéndose sin reservas al informe pericial y descansando en él su conciencia, hubieran profundizado más en la vida del matrimonio, el carácter del procesado, las posibles causas inductoras del envenenamiento; en suma, en todo aquello que no incumbe a la ciencia rígida e inflexible, sino al conocimiento sagaz y agudo de los hombres, a la perspicacia psicológica, a la experiencia de la vida. El juez no puede sustituir la inteligencia completa y clara de los hechos con el informe de un químico.

Hemos de hacer observar finalmente, la excelencia de la Justicia francesa, que instruye los procesos con tal perfección y escrúpulo, que

cincuenta años después puede juzgar de nuevo con toda la plenitud de datos. Asimismo es digna de nota la indemnización que el Tribunal francés concede al rehabilitado, que sienta un principio un poco distinto de la irresponsabilidad de la Justicia oficial.

(El Sol, Madrid).

### Obras de Alfonso Reyes

Hemos recibido para la venta 10 ejeps. de cada una de las siguientes:

El Plano Oblicuo ..... Precio € 2.50  
 Simpatías y Diferencias (Cuatro series)  
 Precio de cada serie ..... > 2.50

## Revista de Filosofía

CULTURA - CIENCIAS - EDUCACION

Publicación bimestral dirigida por

**José Ingenieros  
y Aníbal Ponce**

Suscripción anual: 5 dólares  
 Adr.: Alberto L. Rosso

Belgrano 475

Buenos Aires, República Argentina

## "La Revue Contemporaine"

71 años de existencia

**CHARLES RIVET,**  
DIRECTOR

COMPLETAMENTE RENOVADA, APARECE EN PARÍS, CADA QUINCE DÍAS. LOS ESPÍRITUS MÁS GRANDES del Siglo XIX fueron sus colaboradores; los más altos del XX lo son hoy.

Es la REVISTA CONTEMPORANEA por excelencia. Su DIFUSIÓN ES MUNDIAL.

HA CREADO una Redacción Ibero-Americana bajo la dirección de ALEJANDRO SUX.

Si es Vd. un intelectual y se interesa por los problemas internacionales y el movimiento cultural del mundo debe suscribirse a LA REVUE CONTEMPORAINE.

Si es Vd. un intelectual y un patriota y desea que sus ideas y las manifestaciones más nobles de su país sean conocidas por las élites de todos los pueblos, debe colaborar en LA REVUE CONTEMPORAINE.

OFINAS: Rue Reaumur, Nro. 53, París (2me)

Un año ..... Frs.: 50.00  
 Seis meses ..... 30.00  
 El número ..... 5.00

## Dr. Alejandro Montero S.

MEDICO CIRUJANO  
 TELEFONO 375

Horas de consulta: de 2 a 5 p. m.  
 Despacho: Frente a la 2ª Sección de Policía

## Doctor Constantino Herdocia

De la Facultad de Medicina de París  
 MEDICO Y CIRUJANO

Enfermedades de los ojos, oídos, nariz y garganta. Horas de oficina: 10 a 11.30 a. m. y de 2 a 5, contiguo al Teatro Variedades.

Teléfono número 1443

## Dr. ODIO DE GRANDA

MEDICO, CIRUJANO Y RADIOLOGO  
 de la Facultad de Medicina de París  
 Horas de consulta: de 2 a 4 p. m.  
 TELEFONO N° 899

**Lector:** Si quiere usted proteger eficazmente al *Repertorio Americano*, suscríbese! Las cuatro entregas mensuales: € 2.00.

## REPERTORIO AMERICANO

SEMANARIO de cultura hispánica.  
 De Filosofía y Letras, Artes, Ciencias y Educación, Misceláneas y Documentos.

Publicado por

**J. GARCIA-MONGE**

Apartado 533

SAN JOSÉ, COSTA RICA, C. A.

ECONOMIA DE LA REVISTA

La entrega ..... € 0.50  
 El tomo (24 entregas) ..... 12.00  
 El tomo (para el exterior) ... \$ 3.50 oroam.  
 La página mensual de avisos  
 (4 inserciones) ..... 20.00 » »

En el contrato semestral de avisos se da un 5% de descuento. En el anual, un 10%.

## Doctor EDUARDO MONTEALEGRE

Cirujano Dentista Americano

Despacho: 2ª avenida O. y calle 4ª S.

Quien habla de la **CERVECERIA TRAUBE** se refiere a una empresa en su género, singular en C. R.

Su larga *experiencia* la coloca al nivel de las fábricas análogas más adelantadas del mundo.

Posee una planta completa: más de *cuatro manzanas* ocupa, en las que caben todas sus dependencias:

CERVECERÍA, REFRESQUERÍA, OFICINAS, PLANTA ELÉCTRICA, TALLER MECÁNICO, ESTABLO.

Ha invertido una suma enorme en ENVASES, QUE PRESTA ABSOLUTAMENTE GRATIS A SUS CLIENTES.

### FABRICA

CERVEZAS  
 Estrella, Lager, Selecta, Doble, Pilsener y Sencilla.

ger-Ale, Crema, Granadina, Kola, Chan, Fresa, Durazno y Pera.

REFRESCOS  
 Kola, Zarza, Limonada, Naranjada, Gin-

SIROPES  
 Goma, Limón, Naranja, Durazno, Menta, Frambuesa, etc.

Prepara también *agua gaseosa* de superiores condiciones digestivas. Tiene como especialidad para fiestas sociales la KOLA DOBLE EFERVESCENTE y como reconstituyente, la MALTA.

SAN JOSE

COSTA RICA

## EL MEJOR TALCO

Delicioso perfume

Antiséptico

Uselo usted

PIDALO

en todas las BOTICAS

